

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
FRANCISCO DE
BORJA PAVÓN
I

ACADÉMICOS en el recuerdo 1

J. M. ESCOBAR
F. S. MÁRQUEZ
COORDINADORES



2017

ACADÉMICOS en el recuerdo

1



Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección Francisco de Borja Pavón

ACADÉMICOS en el recuerdo 1

Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

**REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CORDOBA**

2017

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 1
Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador científico:

José Manuel Escobar Camacho, académico numerario

Coordinador editorial:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Retrato de don Francisco de Borja Pavón y López realizado por
Enrique Romero de Torres para el Ayuntamiento de Córdoba

© Real Academia de Córdoba

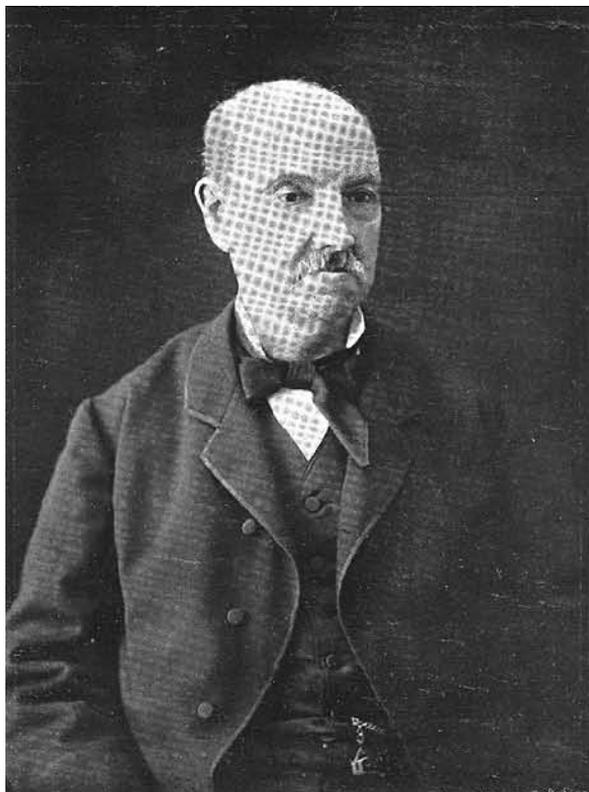
© Los Autores

ISBN: 978-84-948019-5-2

Dep. legal: CO 2.620-2017

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com – Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



Retrato de don Francisco de Borja Pavón publicado en la revista
La Ilustración Española y Americana.

**FRANCISCO DE BORJA PAVÓN Y LÓPEZ,
“PATRIARCA DE LAS LETRAS CORDOBESAS”
(1814-1904)**

por

JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO
Académico Numerario

El panorama cultural del siglo XIX en Córdoba está lleno de nombres que participan en la vida cordobesa a través sobre todo de sus escritos en los medios de prensa, especialmente del *Diario de Córdoba* a partir de su fundación a mediados de la centuria. La mayoría de ellos –como dice A. Jaén Morente– se caracterizan por su individualismo y su falta de método, ya que en una gran parte son exseminaristas y autodidactas y a su talento nativo no acompañan los instrumentos técnicos adecuados¹. Sin embargo, dentro de ellos existen algunos nombres que sí contribuyeron al florecimiento de los estudios en la Córdoba decimonónica.

Uno de estos nombres, testigo de los acontecimientos por los que atraviesa la ciudad a lo largo del siglo XIX y que llena toda una época de la cultura en Córdoba, fue sin lugar a dudas Francisco de Borja Pavón y López, cuyo fallecimiento fue recogido con cierta tristeza en las páginas de la prestigiosa revista semanal madrileña *La Ilustración Española y Americana*. Efectivamente, el 8 de octubre de 1904 aparecía la siguiente reseña sobre este luctuoso suceso, acompañada de un retrato del finado:

A la tristísima lista de personas notables que en este pasado mes nos ha arrebatado la muerte, tenemos hoy la pena de añadir un ilustre nombre, el del sabio cronista de Córdoba D. Francisco de Borja Pavón, cuyo retrato publicamos en esta misma página. Por su edad, por sus numerosos y profundos estudios históricos y trabajos literarios y críticos, así como por su protección siempre afectuosa a los escritores jóvenes, se le llamó con gran justicia el Patriarca de las letras cordobesas².

¹ JAÉN MORENTE, A., *Historia de la ciudad de Córdoba*, Córdoba, 1976 (5ª ed.), p. 220.

² *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, año 48, num. 37, p. 195 (8 de octubre de 1904).

Es precisamente este título, “patriarca de las letras cordobesas”, el que hemos escogido para de alguna manera testificar la importancia que tuvo en el panorama cultural cordobés la figura de Francisco de Borja Pavón, que llenó toda una época en la historia de Córdoba y que, incomprensiblemente, no fue del todo conocido en el siglo XX. Su nombre, incluso, fue de alguna manera conocido erróneamente por la mayoría de la población cordobesa, como veremos más adelante.

Unos años después, en 1911, Ricardo de Montis, en sus *Notas cordobesas (recuerdos del pasado)* escribía: “No habrá cordobés, medianamente ilustrado, que no haya conocido a don Francisco de Borja Pavón, ni persona de clase popular que no conozca la botica de San Antonio”³.

En el centenario de su muerte, el cronista Salcedo Hierro se refería a él como “patriarca de nuestras letras, recolector de conocimientos, promotor de sabiduría”, “hombre extremadamente bondadoso” y “ejemplar cronista de la ciudad”. Sin embargo, añadía, “la gran figura humanística de Francisco de Borja Pavón y cuanto representan sus estudios para el conocimiento histórico del siglo XIX cordobés no están lo suficientemente analizados”⁴.

La Real Academia de Córdoba, a la que perteneció desde mediados del siglo XIX como académico numerario, ocupando igualmente los cargos de censor, secretario y director de la misma, lo tiene considerado como uno de sus más destacados miembros a lo largo de su algo más de doscientos años de historia. Por ello ha querido que su nombre sea dado a una de sus nuevas colecciones de libros, que estará dedicada a honrar y dar a conocer la vida y obra de los más representativos académicos que ha tenido esta institución cordobesa.

En este sentido, Francisco de Borja Pavón merece por méritos propios ser uno de los primeros académicos que formen parte de este primer volumen dedicado al recuerdo de nuestros compañeros, si bien la tarea para ello es ardua y requiere especial atención, ya que –como dijo otro de nuestros académicos ya mencionados, Miguel Salcedo Hierro– “no legó sus saberes a través de sus libros, sino ampliamente diseminados en revistas y periódicos de muy difícil localización y, por otra parte, de complicada ordenación”⁵.

³ MONTIS ROMERO, R. de, *Notas cordobesas (recuerdos del pasado)*, Córdoba, 1989 (edición facsímil, 1ª ed. 1911), I, p. 245.

⁴ SALCEDO HIERRO, M., “Borja Pavón”, diario *Córdoba* (10 de enero de 2004).

⁵ *Ibid.*

Ese será el objetivo que me propongo alcanzar con este trabajo, si bien soy consciente de que estas páginas tan solo serán una aproximación a la vida y obra de este prolífico académico, magnífico cronista e ilustre humanista, aunque farmacéutico de profesión, conocido popularmente por los cordobeses como Borja Pavón, si bien su nombre es Francisco de Borja Pavón y López. A tan egregia figura de Córdoba le dedicamos el presente estudio, que hemos dividido en tres apartados. En el primero, analizamos la trayectoria histórica de la ciudad de Córdoba en el siglo XIX, época en la que vive y desarrolla su labor cultural nuestro académico. En el segundo, hacemos un retrato biografiado del mismo, desde su nacimiento hasta su muerte, analizando las distintas facetas de su vida profesional y cultural. Por último, el tercero, lo dedicamos a conocer lo que piensan de él sus contemporáneos, lo que quizás nos ayuda más a conocer realmente la figura de este insigne cordobés. La bibliografía que hemos utilizado para cada uno de los apartados se encuentra reseñada en las correspondientes notas de este trabajo.

I. La Córdoba de Francisco de Borja Pavón y López

Las fechas de nacimiento (1814) y muerte (1904) de Francisco de Baroja Pavón y López lo convierten en protagonista vivencial de los hechos acaecidos en la Córdoba decimonónica, así como en testigo principal de la evolución de la ciudad a lo largo de esta centuria. Sus noventa años le permiten conocer una etapa de la historia de Córdoba, cuya imagen ha sido transmitida por la literatura de los viajeros de los siglos XVIII y XIX y que encuentra –como señala López Ontiveros– en *La feria de los discretos* de Pío Baroja la culminación de aquella literatura viajera⁶.

El inicio del siglo XIX con la llegada de los franceses y la guerra de la independencia fue un revulsivo –desde un punto de vista innovador– para una ciudad tranquila, anclada en su pasado glorioso. Sin embargo, una vez finalizado este breve periodo, con más sombras que luces para la ciudad, ésta pasaría del entusiasmo depositado en el restablecimiento del absolutismo a vivir uno de los momentos más penosos de su historia, donde el hambre y la penuria estaban presentes en la mayoría de las casas de los cordobeses. A partir de las Cortes de

⁶ LÓPEZ ONTIVEROS, A., *Córdoba en "La feria de los discretos" de Pío Baroja*, Córdoba, 2001, p. 17.

Cádiz de 1812, al igual que ocurre en todo el país, los cordobeses se dividen desde un punto de vista ideológico en absolutistas y liberales, comenzando sus enfrentamientos y luchas a mano armada que se extenderán a lo largo del siglo XIX.

El triste panorama socioeconómico no mejoró con el Trienio Liberal (1820-1823), cuando surgió la primera tertulia patriótica frecuentada por algunos sacerdotes y se llevó a cabo la primera excomunión de conventos que tuviesen menos de veinte religiosos, ni con la vuelta al absolutismo de Fernando VII, a pesar del apego de la ciudad a la monarquía tradicional. Es precisamente durante estos años monótonos y aburridos cuando transcurre la infancia y adolescencia de nuestro personaje biografiado, que nace en una casa de ambiente liberal –como veremos a continuación– con cierta preocupación cultural, inexistente para la mayor parte de la ciudad, en la que la Iglesia intentaba recuperar su influjo popular de épocas pasadas⁷.

A estos diez años (1823-1833), época conocida por algunos historiadores como década ominosa y que representa la segunda restauración del absolutismo de Fernando VII, es a la que hace referencia Francisco de Borja Pavón en sus dos artículos que bajo el título genérico de “Córdoba en 1823. La reacción y el decenio (apuntes y recuerdos)” fueron leídos el 18 y 26 de agosto de 1871 en la Academia de Córdoba y publicados en la prensa. Aunque fueron escritos casi cincuenta años después de los hechos narrados, en ellos describe lo acaecido en nuestra ciudad y provincia a partir de la vuelta al poder de los absolutistas. En la redacción de los mismos, basados en los apuntes que conservaba en sus manuscritos, se percibe su ideología –mucho más cercana al liberalismo que al absolutismo–, pues no podemos olvidar que él sería testigo de primera línea de los desmanes cometidos por los absolutistas contra los liberales durante dicha década. En este sentido cabe recordar –como veremos más adelante– que su padre y el círculo de amigos de su familia fueron todos defensores de esta ideología política durante el Trienio Liberal. Igualmente se muestra alejado de todo tipo de excesos populares tanto por un lado como por otro, ya que cuando escribe este artículo es en pleno Sexenio Revolucionario, habiendo tenido lugar la revolución de la Gloriosa. Sin embargo,

⁷ Vid. sobre estas primeras décadas del siglo XIX AGUILAR GAVILÁN, E., *Historia de Córdoba*, Córdoba, 1995, pp. 85-90.

en su opinión los desmanes ocurridos después del trienio fueron más graves que los que en aquel momento se estaban dando en el Sexenio⁸.

La muerte de Fernando VII en 1833 coincidió con la llegada de Francisco de Borja Pavón a Madrid para comenzar sus estudios superiores de Farmacia. En los siguientes años, durante los cuales María Cristina de Borbón asume las funciones correspondientes a la Corona durante la minoría de edad de Isabel II, hija de Fernando VII, es testigo en la propia capital del reino del enfrentamiento político de absolutistas y liberales y del triunfo de estos últimos, en cuyas manos se puso la regente para que la causa de Isabel II triunfara sobre los partidarios del hermano del rey fallecido, Carlos María Isidro, que no aceptaban la Pragmática de 1789, hecha pública por Fernando VII antes de morir y que permitía reinar a las mujeres.

Durante los años convulsos desde un punto de vista político de 1833 a 1837, que pusieron fin a la monarquía absoluta en beneficio del régimen liberal, Pavón y López no sólo finalizó sus estudios de Farmacia, sino que entró en contacto con los círculos intelectuales y culturales llamados a tener un papel importante en la nueva sociedad que se comenzaría a gestar en España bajo la ideología liberal. Son los años en que María Cristina de Borbón-Dos Sicilias tiene que hacer concesiones a los liberales para que apoyen la causa de Isabel II, lo que desembocaría en la revolución liberal de 1835-1837. A partir de este año, cuando regresa a Córdoba recién terminados sus estudios de Farmacia, los liberales progresistas –tras el trienio moderado y el triunfo del “bando cristino” en la guerra carlista– encabezarán la revolución de 1840 que obligará a María Cristina a marcharse al exilio, asumiendo la regencia el general Espartero.

La Córdoba que encuentra Francisco de Borja Pavón cuando vuelve en 1837, al año siguiente de la entrada de los carlistas en la ciudad en septiembre de 1836 y de la segunda exclaustación de conventos, es una urbe aferrada al pasado, donde los cambios socioeconómicos tardarían más tiempo en producirse que en el resto del país. Son precisamente los hechos acaecidos en Córdoba y provincia en los tres últimos meses de 1836 con motivo de la guerra civil entre carlistas, que al frente del general Gómez controlaron la ciudad durante varias sema-

⁸ Dichos artículos fueron publicados en dos partes en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba* –en adelante *BRAC*– con posterioridad a su fallecimiento (F. de B. PAVÓN y LÓPEZ, “Córdoba en 1823. La reacción y el decenio (apuntes y recuerdos)”, *BRAC*, num. 23 y 24 (1928), pp. 169-198 y 275-299 respectivamente).

nas, y los realistas que devolvieron la ciudad al control de la causa isabelina, lo que constituye el objeto de análisis en sus artículos publicados en prensa a partir del 29 de septiembre de 1895, bajo el título genérico de “Córdoba en 1836. Apuntes y recuerdos”. Posteriormente –una vez fallecido– fueron publicados en el Boletín de la Real Academia⁹. Los desmanes ocurridos, con los que Pavón está totalmente en desacuerdo, le hace reflexionar al final de su discurso señalando que “tal cúmulo de males y amarguras, sugiérenos nuevos argumentos para detestar las guerras civiles: esas lides fraternales y horrendas, en que la ley se subyuga a la iniquidad: *jus datum sceleri*, al decir de Luciano, nuestro inmortal compatriota”¹⁰.

La nueva ideología política no logró alterar de inmediato la realidad social –anclada en el tradicionalismo–, lo que llevaría a España a un ritmo de modernización más lento que en otros países más dinámicos en su estructura social y económica. Córdoba, como capital de su provincia desde 1833 en la nueva estructura político-administrativa del estado liberal, participaría con mayor o menor protagonismo en los vaivenes políticos de la España isabelina durante los distintos períodos de las regencias de María Cristina (1833-1840) y de Espartero (1840-1843). Entre 1843 y 1868, como señala Jaén Morente, hay una época de paz política, en la que no ocurren grandes cosas¹¹, pero en la que Córdoba –que recibe la visita de la reina Isabel II en 1862– se presenta como una ciudad muy atrasada.

La instauración del régimen liberal, aunque pudo traer mejoras para Córdoba, no se concretaron en medida alguna por la carencia de iniciativas para aprovechar las oportunidades ofrecidas por los diversos acontecimientos políticos y económicos que se sucedieron en la España decimonónica (desamortizaciones de 1836 y 1855, sobre todo). Desde un punto de vista demográfico, el dato más característico es su escaso dinamismo, ya que en las primeras décadas del siglo XIX se pierde la tendencia alcista de la centuria anterior, si bien en la segunda mitad del mismo hay cierta evolución positiva debido a la inmigración provincial procedente de la Sierra y la Campiña. Por lo que respecta a la vida económica de la ciudad, esta –al igual que la demografía– se mantuvo estancada, ocupando el sector primario casi el 50 por ciento

⁹ *Ibid.*, “Córdoba en 1836. Apuntes y recuerdos”, nums. 26 y 27 (1930), pp. 5-27 y 133-152 respectivamente.

¹⁰ *Ibid.*, num. 57, p. 152.

¹¹ JAÉN MORENTE, A., *op. cit.*, p. 141.

de la población activa, mientras que el secundario –de composición artesanal principalmente (construcción, piel y madera) y mínimas industrias– abarcaba una cuarta parte de aquella, siendo mínimo el de servicios, lo que evidenciaba unas estructuras propias todavía del Antiguo Régimen. La primera etapa del reinado isabelino, tan dinámica en otras zonas del país, fue inexistente en la evolución de la ciudad, ya que faltaron ideas, inversiones y personas para llevar a cabo empresas capitalistas innovadoras, salvo alguna excepción (fábrica de sombreros de Sánchez Peña en 1846, el banquero Pedro López o la casa Carbonell en 1866, entre otras)¹².

A pesar del estancamiento de la economía, las reformas liberales dieron lugar a la aparición de nuevas situaciones desde el punto de vista social, que no alteraron la composición de las clases populares, pero dieron lugar a ciertas transformaciones de las dirigidas. Así ocurrió con los procesos desamortizadores de Mendizábal (1836) y Madoz (1855) y las posteriores acumulaciones de tierras, que beneficiaron como siempre a los poderosos, entre ellos la nobleza local, los miembros de la Administración, los colonos y arrendatarios de la Campiña, comerciantes, banqueros y profesiones libres, que se convirtieron en una nueva oligarquía dispuesta al control de la ciudad. Consecuencia de todo ello fue el mantenimiento de los desequilibrios socio-económicos, causantes del empobrecimiento de una gran parte de la sociedad cordobesa, lo que dio lugar a una estratificación de la misma. Al frente de ella la nobleza, inferior en número a la del siglo XVIII, pero ocupando puestos de privilegio político basados en la posesión de su patrimonio, al cual no le daban ningún tipo de funcionalidad o inversión. A continuación una clase burguesa débil, dentro de la cual la agraria era la que estaba en continuo ascenso, gracias a las adquisiciones de los bienes desamortizados, pero que tampoco se convirtieron en motor de cambios al mantener un modo de vida rural y no urbano. Por su parte, la burguesía profesional y la mercantil tenían un papel muy discreto dentro de la sociedad cordobesa. Por último, las clases populares vivían en total precariedad, a la que no podían poner coto ni el municipio ni la Iglesia con su función asistencial, lo que daría lugar a la existencia de un importante número de marginados¹³.

¹² Vid. al respecto CUENCA TORIBIO, J. M., *Historia de Córdoba*, Córdoba, 2002 (1ª edición: 1992), pp. 120-131.

¹³ *Ibid.*, pp. 131-139.

La revolución de septiembre de 1868, conocida como “La Gloriosa”, abrió nuevas expectativas para aquellos sectores de la sociedad española que veían a Isabel II como el obstáculo principal para la modernización y desarrollo de España. Sin embargo, la situación social en Córdoba no cambiaría debido a una grave crisis económica y a la actuación de bandoleros y delincuentes, ni siquiera transcurrido el llamado Sexenio Revolucionario, durante el cual la ciudad –al igual que el resto del país– se vio inmersa en una serie de tensiones y conflictos derivados de las nuevas fuerzas políticas, donde la nota más importante para nuestra ciudad –como señala el profesor Aguilar Gavilán– fue la expansión del republicanismo en su versión federal¹⁴.

La restauración de la monarquía en la persona de Alfonso XII tan sólo sería acogida con entusiasmo por las clases acomodadas cordobesas, que esperaban cierta tranquilidad y estabilidad político-social. La entrada en vigor del sistema canovista con el bipartidismo político, en el que la figura del cacique garantizaba el turnismo de los partidos, dio lugar a la aparición de una serie de políticos en la vida de la ciudad de Córdoba, que actuaban –siguiendo los cánones del clientelismo– a las órdenes de sus jefes de Madrid para garantizar la estabilidad del régimen en los últimos años de la centuria decimonónica¹⁵.

Pero si estos fueron el reflejo en Córdoba de los avatares de la política a nivel nacional, la imagen que ofrecía la ciudad a los viajeros que llegaban a ella en el siglo XIX era –aparte de su fisonomía oriental– de una gran decadencia, coincidiendo –como señala López Ontiveros– con la imagen ilustrada y romántica de la misma¹⁶. Sus causas, sigue señalando el citado profesor, se pueden sintetizar en que Córdoba no había sabido adaptarse a los cambios que imponía el momento actual, que sus gentes rechazan el trabajo productivo y las innovaciones propias del progreso, refugiándose en los trabajos tradicionales y que tenían poco apego al trabajo¹⁷. Pero la ciudad de Córdoba no permanecerá totalmente inmóvil y, aunque lentamente, se abrirá a partir de la segunda mitad del siglo XIX a nuevos modelos de organización espacial y de servicios propios de un urbanismo burgués (creación de zo-

¹⁴ AGUILAR GAVILÁN, E., *op. cit.*, p. 95.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 96-97. *Vid.* igualmente sobre política y orden público CUENCA TORIBIO, J. M., *op. cit.*, pp. 164-169.

¹⁶ LÓPEZ ONTIVEROS, A., *La imagen geográfica de Córdoba en la literatura viajera*, Córdoba, 1991, p. 111.

¹⁷ *Ibid.*, Córdoba en “La feria de los discretos”..., p. 33.

nas de esparcimiento y recreo a costa de los terrenos liberados en las desamortizaciones, apertura de plazas y calles, cambios en la funcionalidad de los inmuebles, destrucción de murallas y puertas para el tráfico rodado y creación de nuevos espacios para viviendas y negocios burgueses, apertura de nuevas rondas y paseos, mejora de infraestructura y servicios públicos, etc.)¹⁸.

La larga vida de Francisco de Borja Pavón y López le permite ser testigo, no solo de los acontecimientos político-sociales en que se encuentra inmersa la ciudad a lo largo del siglo XIX, sino también del inicio de la transformación urbanística de la misma en comparación con la primera mitad de la centuria decimonónica. Igualmente puede observar como la ciudad de Córdoba va adquiriendo un nuevo rol y una funcionalidad distinta a la de la época absolutista, al convertirse en la rectora de una provincia –el antiguo reino de Córdoba– con unas comarcas muy definidas desde el punto de vista geográfico y de gran personalidad histórica. Córdoba refuerza –como señala Cuenca Toribio– su carácter de centralidad respecto a su territorio y su condición de capital de provincia en una España burguesa, lo que la convertirá en una ciudad de tipo medio, semejante en su vida política a otras urbes con este mismo carácter, pero con una sociedad donde todo estaba bajo el control de una importante y poderosa clase terrateniente, con cuadros burocráticos y profesionales adecuados, y con una clase popular cada vez más proletarizada. Sin embargo, estaba –como señala el profesor anteriormente citado– desprovista de una prensa importante y de unos centros académicos y culturales con proyección fuera de la propia ciudad, siendo la política el factor básico de sus cambios y transformaciones ideológicas¹⁹.

Pero la imagen de la ciudad no estaría completa sin conocer su vida cotidiana, donde la cultura ocupa un espacio vital. En este sentido ca-

¹⁸ Vid. sobre ello, entre otros estudios, los de MARTÍN LÓPEZ, C., *Córdoba en el siglo XIX. Modernización de una trama histórica*, Córdoba, 1990; GARCÍA VERDUGO, F., *Córdoba, burguesía y urbanismo. Producción y propiedad del suelo urbano: el sector del Gran Capitán, 1859-1936*, Córdoba, 1992, y "La formación de la ciudad contemporánea. El desarrollo urbanístico cordobés en los siglos XIX y XX", *Córdoba en la Historia: la construcción de la urbe*, Córdoba, 1999, pp. 373-406; GARCÍA VERDUGO, F. y MARTÍN LÓPEZ, C., *Cartografía y fotografía de un siglo de urbanismo en Córdoba (1851-1958)*, Córdoba, 1994; y ESCOBAR CAMACHO, J. M., "El casco histórico de Córdoba en el siglo XIX", *Córdoba contemporánea. Historia, espacio urbano y economía*, Córdoba, 2009, pp. 53-85.

¹⁹ Vid. sobre estos temas CUENCA TORIBIO, J. M., *op. cit.*, pp.151-169.

be señalar que, a pesar de las diferencias y tensiones propias de una sociedad tan fuertemente estratificada, lo lúdico y festivo también estuvo presente, surgiendo a lo largo de la centuria casinos, sociedades culturales y centros profesionales y artesanos, cafés, teatros, etc.²⁰. Por lo que respecta a la cultura –ámbito en que se desenvuelve Pavón– solamente es reseñable la labor desempeñada por la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, nacida durante la invasión francesa de la mano del canónigo afrancesado Manuel María de Arjona y a la que pertenecerá desde muy pronto nuestro biografiado, en esos años oscuros y agitados del absolutismo y de las Regencias. A mediados de centuria surgirán otras instituciones más representativas del carácter burgués, pero que prestarán servicios importantes al desarrollo cultural de la ciudad, como fueron el Liceo Artístico y Literario y el Círculo de la Amistad, que acabarán fusionándose y convirtiéndose en el centro de la cultura elitista de Córdoba; el Ateneo Científico y Literario del Casino Industrial, Agrícola y Comercial y –algo más avanzada la centuria– el Centro Filarmónico Cordobés o La Amistad Cordobesa, entre otras. Expresión de esa cultura burguesa será la prensa y las revistas, que proliferaron en las distintas etapas políticas de la centuria, mientras que los Juegos Florales, celebrados en la ciudad por iniciativa del Conde de Torres-Cabrera desde 1859, fueron una vía para cantar las glorias de la misma²¹.

En cuanto a las figuras destacables de la cultura cordobesa del siglo XIX, aparte de los que se dedicaron exclusivamente a la historia, al arte o a la poesía, la última gran figura literaria que tuvo Córdoba fue D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas. Después de él –como señala A. Jaén Morente– son pocos los escritores que han dejado su huella en esta centuria. Según este autor, exceptuando al P. José Muñoz Capilla en el intervalo del XVIII al XIX, solamente dos figuras pueden destacarse después del Duque de Rivas: José María Rey Heredia y Francisco de Borja Pavón. Este, en su opinión, es el último clásico cordobés al estar su educación fuertemente cimentada en el estudio de los poetas latinos, dominándole siempre su afán por Córdoba y por su cultura²².

²⁰ Vid. sobre la vida cotidiana AGUILAR GAVILÁN, E., *op. cit.*, pp. 101-102.

²¹ Sobre este tema *vid.* CUENCA TORIBIO, J. M., *op. cit.*, pp. 170-178.

²² JAÉN MORENTE, A., *op. cit.*, pp. 211-214.

II. Retrato biografiado de Francisco de Borja Pavón y López

Esta es, a grandes rasgos, la Córdoba en la que nace, vive y participa de su vida cultural, como figura destacada dentro de ella, uno de los hijos ilustres de nuestra ciudad, denominación con la que lo reconoce nuestro académico y cronista de Córdoba, ya fallecido, Miguel Salcedo Hierro en un artículo periodístico escrito en el centenario de su muerte²³. Durante la mayor parte del siglo XX fue conocido popularmente –por un error al rotular por acuerdo municipal la calle donde nació– con el nombre de Borja Pavón, hasta que posteriormente pocos años antes de cumplirse el centenario de su fallecimiento se cambió por el nombre correcto de Francisco de Borja Pavón, que es con el que firmaba todos sus escritos²⁴.

A lo largo de este apartado trataremos de ofrecer una biografía del mismo, en la que a manera de retrato podamos aproximarnos al conocimiento del mismo a través de sus distintas facetas culturales, científicas e intelectuales. Las múltiples facetas de su personalidad lo convierten en una figura clave del panorama cultural de nuestra ciudad en la centuria decimonónica.

1. Sus primeros años en Córdoba: infancia y adolescencia. Nacimiento y primeros estudios

Francisco de Borja Pavón y López nace en Córdoba, el 10 de octubre de 1814, recién terminada la Guerra de la Independencia y siendo rey de España Fernando VII. Concretamente, en el barrio de la Magdalena –uno de los de menor extensión de la Ajerquía–, cuyo vecindario pertenecía en una mayor parte a las capas sociales menos favorecidas. El número 18 de la calle del Pozo, vía urbana cuyo topónimo –documentado desde la primera mitad del siglo XV²⁵– debe su nombre a la existencia de un pozo “que había en una de sus casas á dispo-

²³ SALCEDO HIERRO, M., *op. cit.*

²⁴ Este hecho ya lo había advertido R. de Montis en 1911, que reclamaba una rectificación del mismo con las siguientes palabras: “Ese rótulo dice Borja Pavón, y como Borja no es nombre ni apellido, debe sustituirse la actual denominación de la antigua calle del Pozo por la de Francisco de Borja Pavón o Pavón y López, si aquella parece demasiado larga” (*op. cit.*, p. 249). Pero no le hicieron caso y así continuó durante el siglo XX, dando lugar popularmente a la confusión aludida.

²⁵ Cfr. ESCOBAR CAMACHO, J. M., *Córdoba en la Baja Edad Media (evolución urbana de la ciudad)*, Córdoba, 1989, p. 267.

sición del público”²⁶, será su primer hogar. Sus padres fueron Rafael Mariano Pavón y Morales, que nació en Córdoba en el último tercio del siglo XVIII, y María de la Encarnación López y Caballero.

Su padre, de profesión farmacéutico, fue un liberal exaltado, que llegó a ser concejal del Ayuntamiento de Córdoba de 1820 a 1823, durante el llamado Trienio Liberal. Fue admitido el 19 de enero de 1816 en la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles



Topónimos, antiguo y nuevo, de la calle donde nació Francisco de Borja Pavón y López.

Artes de Córdoba, institución cultural fundada –como se ha dicho anteriormente– en 1810 por el canónigo penitenciario e insigne ilustrado don Manuel María de Arjona y Cubas, desgajada de la sección de Letras de la Sociedad Patriótica o Económica de Amigos del País. Posteriormente sería nombrado académico de mérito el 16 de marzo de 1853. Dos años después, el 8 de mayo de 1855, falleció a la edad de 62 años. Durante su época de concejal presentó el 1 de octubre de 1821 un proyecto de reglamento interino de la cárcel, siendo el artífice del traslado de la misma desde la plaza de la Corredera al local de la Inquisición en el Alcázar de los Reyes Cristianos. También escribió, dentro ya de su faceta como hombre de ciencia, una “Disertación sobre la propiedad del oxígeno”, que fue leída en la Academia el 26 de febrero de 1819²⁷, así como una “Memoria sobre los terremotos y volcanes”, que ocupó su lectura las tres últimas sesiones del año 1843²⁸.

²⁶ RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, T., *Paseos por Córdoba, o sean Apuntes para su historia*, León 1973, p. 37.

²⁷ Cfr. RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba, con un comentario de sus obras*, I, Madrid, 1921, p. 469.

²⁸ “Historia de la Academia desde enero de 1843 hasta abril de 1846”, en *Noticia de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, que comprende el resumen de sus tareas desde el 16 de Noviembre de 1813 hasta el 31 de Diciembre de 1846*, Córdoba, 1847, p. 23.

El prestigio que alcanzará Francisco de Borja Pavón a lo largo del siglo XIX será el motivo fundamental por el que el Ayuntamiento decida a principios de la centuria siguiente sustituir el antiguo topónimo de la calle en la que nació por el suyo, si bien el nombre con el que rotularon la calle, Borja Pavón, dio lugar a una confusión durante muchos años, al entender la gran mayoría –como hemos indicado anteriormente– que respondía al nombre y apellido del ilustre vecino. Este error se ha subsanado recientemente, sobre todo a raíz de que la calle fuese ya rotulada con el nombre de Francisco de Borja Pavón, que aparece siempre al final de sus artículos.

A poco de su muerte se instaló una lápida en la casa en la que nació, sufragada por el Ayuntamiento y con texto de Teodomiro Ramírez de Arellano, que aún se encuentra en el edificio que sustituyó al primitivo y que dice así: "El sabio humanista D. Francisco de Borja Pavón y López nació en este casa el día 10 de octubre de 1814. El Ayuntamiento dedica esta lápida a su memoria, 1904".

Su primer contacto con la escuela lo tuvo en la Compañía, en las Escuelas Reales de Primeras Letras de Córdoba, siendo su maestro don Francisco Canalejo²⁹, pero su estancia allí fue muy breve, pues enseguida sus padres lo trasladaron a la Escuela Lancasteriana que el maestro don Rodrigo Cabello había instalado en el convento de la Merced, antes de que fuese hospicio. Este traslado estuvo motivado probablemente por la relación que en dicho momento había entre el liberalismo que profesaba su padre y una forma de entender la educación, cuyo origen estaba en el movimiento de escolarización de masas derivado de la corriente de pensamiento conocida como utilitarismo. Este movimiento, que se podría encuadrar en una serie de teorías sociales desarrolladas por algunos pensadores británicos en respuesta a la agitación social provocada por los primeros años de la revolución industrial, procedió a dismantelar las teorías educativas existentes hasta el momento basadas en la moral y sustituirlas por otras teorías del pensamiento sostenedoras de los privilegios burgueses, siendo su lema "el mayor bien para el mayor número"³⁰.

Este tipo de escuelas basaban su método de aprendizaje en la llamada enseñanza mutua, que fue un modo de organización escolar y

²⁹ Vid. sobre ello el libro de RODRÍGUEZ ESPEJO, M., *Las Escuelas Reales de Córdoba desde 1791 a 2002*, Córdoba, 2002.

³⁰ Vid. sobre ello RUZO, A. J., *Un sistema educativo impuesto como moda, "el método lancasteriano"*, 2015

sistema de enseñanza establecido primeramente por el pastor anglicano Andrew Bell en 1796 en la India y dos años después, con algunas variantes, en Londres por el cuáquero Joseph Lancaster. En ellas se enseñaban a una gran cantidad de alumnos, utilizando como monitores a alumnos instruidos, bajo la dirección de un solo maestro³¹. Este método se extendió rápidamente por Inglaterra al contar con el apoyo oficial y el de sociedades filantrópicas y, posteriormente, al ser su fundador perseguido por la Iglesia anglicana y tener que emigrar a América, se extendería por este continente³².

En España contaría, al principio, con el apoyo estatal, llegando a crearse en 1818 la primera escuela lancasteriana en Madrid, en la antigua iglesia parroquial de la Corte, denominada de San José, en la plaza del Duque de Frías. Se inauguró el curso con 150 alumnos, celebrándose a finales del mismo exámenes públicos con gran éxito, bajo la presidencia de la Junta Protectora de la escuela, constituida por diversos nobles. En verano la familia real visitaría la escuela mostrando públicamente su satisfacción³³. Al año siguiente, el 6 de octubre de 1819, se publicaba un decreto sobre el sistema de enseñanza lancasteriana, en el que el monarca Fernando VII ampliaba el permiso dado en una Real Orden para que este tipo de enseñanza se adaptase a los pueblos, de tal manera que no solamente los ayuntamientos pudiesen establecer escuelas sino también las Sociedades Económicas y otras corporaciones o individuos partidarios de los progresos de este tipo de escuelas, señalando que todas tenían que estar sujetas a la Junta Protectora, con exclusión de cualquier otra autoridad. Igualmente indicaba que se debía cuidar el método de enseñanza lancasteriana con la mayor exactitud, al igual que el examen y aprobación de los maestros que fueran a enseñar y la inspección y dirección absoluta de las escuelas que se establecieran en la península³⁴.

En 1818 se tradujo el método lancasteriano al español y al año siguiente el obispo de Córdoba hizo imprimir un librito titulado *Lecciones de enseñanza mutua, según los métodos de Bell y Lancaster* para

³¹ Vid. MABEL IRAGUI, G., *La escuela lancasteriana y su método pedagógico*, Argentina, edit. UMSA, 1995.

³² Cfr. ESCOLANO BENITO, A., *Historia de la Educación II*, Madrid, 1985, pp. 207-208.

³³ Vid. al respecto RUIZ BERRIO, J., *Política escolar de España en el siglo XIX (1808-1833)*, Madrid, 1970, p. 182.

³⁴ El decreto se encuentra publicado en GARCÍA BARBARÍN, E., *Historia de la Pedagogía Española*, Madrid, 1915, pp. 342-343.

repartirlo gratis a los maestros. La autoría del mismo –según indica A. Jaén Morente– se le atribuye al P. José Muñoz Capilla, figura destacada en el tránsito del siglo XVIII al XIX, que además de escritor intervino en la vida política cordobesa de la segunda década de la nueva centuria³⁵. En 1820 existía ya un “Método de enseñanza mutua”, aprobado por el monarca, por el que se regía la Escuela Central de Madrid. En 1821 se publica también un manual para las escuelas lancasterianas de Cataluña³⁶. Será durante el trienio constitucional (1820-1823) cuando este sistema de enseñanza se propague por toda la geografía española. Durante este trienio los diputados de las Cortes le concedieron un gran valor a este tipo de escuelas, aprobando presupuestos anuales para ellas hasta 1823. Tras la disolución de las Cortes sufrieron un gran revés, teniendo duras críticas por parte de maestros y de distintas autoridades, principalmente las religiosas, que difundieron las desventajas del método de enseñanza mutua³⁷.

En la ciudad de Córdoba se estableció la primera escuela lancasteriana –como hemos dicho anteriormente– en el convento de la Merced, siendo este centro pionero también en el transporte escolar, pues disponía de una tartana o coche de dos ruedas tirado por caballos con la cubierta abovedada y asientos laterales, que pasaba a recoger a los alumnos, ante la sorpresa y jolgorio –según indica Redel– de los transeúntes de la Córdoba de principios del siglo XIX. El maestro de esta escuela, don Rodrigo Cabello, no solo seguía los métodos propios de esta enseñanza mutua sino que también fue pionero en la enseñanza de la lengua francesa, la única con la que permitía comunicarse durante el transcurso de las clases. Gracias a ello Francisco de Borja Pavón llegó a hablar el francés con perfección siendo todavía un muchacho³⁸. Posteriormente dicha escuela pasaría a la calle Santa Marina, donde continuaría sus primeros estudios.

Una vez finalizada esta etapa educativa de instrucción primaria, probablemente con unos diez años, dedicó tres más al estudio del latín (de 1824-25 a 1826-27), siendo su profesor don Agustín Belmonte, en

³⁵ JAÉN MORENTE, A., *op. cit.*, p. 213.

³⁶ Cfr. RUIZ AMADO, R., *Historia de la Educación y de la Pedagogía*, Barcelona, 1940, pp. 305-307.

³⁷ Cfr. RUIZ BERRIO, J., *op. cit.*, p. 183.

³⁸ Durante su estancia en la Escuela Lancasteriana, “en las conexiones y juegos infantiles le subyugaba la viveza y el talento de otro chico, que más adelante hizo célebre el nombre de Luis González Bravo (GONZÁLEZ SÁENZ, F., *Biografías cordobesas contemporáneas*, I, Córdoba, 1895, p. 98).

la calle Candelaria. Posteriormente ingresó, siendo aún adolescente, como alumno externo en el Seminario Conciliar de San Pelagio (años 1827-28 a 1832-33), donde cursó tres años de Filosofía y dos de Teología con gran aprovechamiento según consta en las excelentes notas obtenidas, interesándose sobre todo por las matemáticas y el italiano. Allí coincidió con Julián Sanz del Río, que había sido recogido al quedar huérfano en 1824 por su tío materno Fermín, sacerdote y prebendado en Córdoba, donde permaneció hasta 1830.

Durante el tiempo en que perfeccionaba su formación con los conocimientos propios del Bachillerato daba conferencias sobre las materias en las que se formaba y disertaba en actos públicos sobre literatura clásica, especialmente latina, de la que era un entusiasta admirador, recibiendo por ello un gran número de felicitaciones. A la par elaboraba su primer ensayo de filosofía y escribía una serie de poemas eróticos que tuvieron su más firme defensor en el fraile agustino de carácter liberal José de Jesús Muñoz Capilla, íntimo amigo de su padre, que tuvo una gran influencia en sus estudios juveniles, sobre todo al inculcarle el amor por la lectura y por las letras.

Es precisamente el amor a las letras –como señala en su biografía González Sáenz– lo que le hizo reflexivo. Ello unido a un espíritu de carácter abstracto le hicieron decidirse por el estudio de la naturaleza, coincidiendo dicha inclinación con la carrera de su padre, por lo que tras una crisis de fe abandonó San Pelagio y en 1833 se marcha a Madrid para iniciar sus estudios de Farmacia, siendo recomendado por Muñoz Capilla al bibliófilo Bartolomé Gallardo, con el que tendría una gran amistad³⁹. Unos años más tarde, a la muerte de este amigo de la familia el 29 de febrero de 1840 con 69 años, escribirá una pequeña –pero entrañable necrológica– desde Córdoba para que se publicara en la sección de correspondencia de provincias del periódico madrileño *El Piloto* con el título de “Apunte necrológico de D. José de Jesús Muñoz”. Dicha carta, que llevaba fecha de 1 de marzo, se publicaría el 8 de dicho mes en el mencionado periódico que editaban los señores Donoso Cortés y Alcalá Galiano⁴⁰.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Vid. PAVÓN, F. de B., *Necrologías de varios contemporáneos distinguidos*, Córdoba, 1892, pp. 1-6. Este libro recoge una serie de artículos necrológicos escritos por Francisco de Borja Pavón sobre diferentes personas contemporáneas, especialmente cordobesas, que fueron publicadas en distintos medios de comunicación y que en el año 1892 el Ayuntamiento de Córdoba recopiló en este libro. En una nota final del

2. Sus estudios superiores en Madrid y el regreso a Córdoba para ejercer la profesión farmacéutica

El 30 de septiembre de 1833, el mismo día que estaba expuesto el cadáver de Fernando VII, Francisco de Borja Pavón llega a Madrid para iniciar sus estudios de Farmacia. En los años que estuvo en la capital de España coincidió e hizo amistad con la juventud que, posteriormente, influiría en el gobierno del país o destacaría en las ciencias, en las letras, en el arte y en la política. Entre estos personajes destacan Salustiano Olózaga, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Ríos Rosas, Alcalá Galiano, Bretón de los Herreros, Agustín Durán, Quintana, Ventura de la Vega, Espronceda, Zorrilla, Aureliano Fernández Guerra, José Amador de los Ríos, Ventura de la Vega, Aribau, Borrego, Salas Quiroga, Nicomedes Pastor Díaz, Enrique Gil, el pintor Vicente López, el botánico Lagasca, Gil de Zárate, Demetrio Rodríguez e incluso Larra, a quien no trató, pero estuvo en su entierro cuando Zorrilla –a cuyo lado estaba– leyó sus versos ante el cadáver del poeta⁴¹.

Durante sus estudios de Farmacia fue muy apreciado por sus profesores, debido a sus dotes de observación y a su inclinación hacia el estudio, destacando por sus excelentes notas. Llegó incluso a realizar labores de catalogación en la Biblioteca del Colegio de Farmacia, dando así muestras enseguida de su amor hacia los libros. Tuvo por compañero en sus estudios de Farmacia a don Cayetano Alberto de la Barrera, con quien mantuvo gran amistad hasta la muerte de este en 1872, primero por sus aficiones literarias y, más tarde, por su profesión, manteniendo con él una ininterrumpida e intermitente correspondencia que conservó con gran cuidado y estima⁴².

apunte necrológico de Muñoz Capilla se indica que el autor con posterioridad al mismo ha escrito otros artículos más extensos sobre este memorable cordobés. Uno de ellos fue la oda titulada "A la memoria del Padre Maestro D. José de Jesús Muñoz, agustino", leída en la sesión pública del día 29 de junio de 1841 en la Sociedad Económica de Amigos del País, con motivo de su elogio y colocación de su retrato. Dicha oda fue impresa ese mismo año (*Cfr.* RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 467).

⁴¹ REDEL Y AGUILAR, E., *Diario de Córdoba*, 23 de septiembre de 1904, p. 1. Necrológica de don Francisco de Borja Pavón.

⁴² *Vid.* sobre ella ARTIGAS, M. J., "Una correspondencia de Borja Pavón", *BRAC*, 4 (1923), pp. 5-11. En ella, sobre todo la mantenida entre los años 1836 a 1844, intercambian opiniones sobre el bibliógrafo, erudito y escritor don Bartolomé Gal-

A fines de 1837 terminó sus estudios de Farmacia, licenciándose el 5 de septiembre de dicho año en esta facultad madrileña. Regresó a Córdoba y comenzó a ejercer su profesión en la farmacia del Hospital, doctorándose más tarde –el 7 de enero de 1845– en la ya mencionada facultad. En la correspondencia mantenida con don Cayetano de la Barrera, concretamente en la carta del 22 de febrero de 1844, le indica a su amigo la vida apacible que lleva en Córdoba, solamente “turbada por los intrigantes y políticos que le disputan a veces la Farmacia del Hospital, cual si fuese una Jefatura”. Se queja igualmente de lo abandonado que tiene sus estudios literarios, ya que “como soy tan amable (créalo usted o no) a fuer de desocupado, todo el mundo me ocupa un poco. Pierdo yo un poco de tiempo; me quitan otra porción mis amigos, otra mi casa, otra el Hospital; otra los que me emplean en friolerías, y resulta de todo que la literatura me debe escasísimos afanes”⁴³.

Desde el 31 de julio de 1840 fue socio de la Sociedad Médica General de Socorros Mutuos, formando parte junto con otro farmacéutico –Francisco de Paula Furriel y Muñoz– y dos médicos más de la Comisión provincial de Córdoba de dicha sociedad, según consta en el *Boletín de Medicina, Cirugía y Farmacia* de dicho año⁴⁴. En 1844 fue nombrado subdelegado de Farmacia, cargo que desempeñó hasta que renunció a él en 1871.

A los pocos años de llegar a la ciudad, concretamente en 1841, pronuncia algunos discursos de carácter científico. Uno de ellos en la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, que lleva por título “Utilidades del arbolado y necesidad de su fomento”, donde a sus dotes científicas une conocimientos de carácter bibliográfico y de su dominio del latín al referirse en una cita inicial al libro de Jacobi Vanierii *Praedium rusticum*, publicado en 1786. Este pequeño discurso, que consta de unas quince páginas, en el que hace referencia a diversos aspectos higiénicos, económicos y filosóficos sobre la necesidad de fomentar la plantación de árboles, fue

lardo, confesándole Pavón –al que este le apodaba “espátula”– la mala impresión que le producía.

⁴³ *Ibid.*, p. 9.

⁴⁴ *Boletín de Medicina, Cirugía y Farmacia*, tomo I, segunda serie, num. 22 (10 agosto 1840), p. 176. Este Boletín, que en cierto modo fue el inicio del periodismo médico en España y era el periódico oficial de dicha sociedad médica, fue fundado el año 1834 en Madrid, fusionándose en 1854 con *La Gaceta Médica* para dar lugar a *El Siglo Médico*.

publicado en Madrid en el año 1844⁴⁵. Ese mismo año –concretamente el 2 de diciembre– lee otro discurso, titulado “Las mariposas”; se trata de un estudio de historia natural de unos cuatro a cinco folios, que fue publicado dentro de una obra mayor y que, según Ramírez de Arellano, se encontraba en la biblioteca del Ayuntamiento⁴⁶.

En agosto de 1849 contrajo matrimonio con su prima segunda, doña Carolina Alzate González, nacida el 12 de diciembre de 1824, para lo cual tuvo que pedir dispensa papal. De esta unión nacieron dos hijos. El primero, Rafael, que nació el 10 de julio de 1850 y –en cierto modo– siguió los pasos de su padre, pero bajo otro aspecto, ya que estaba considerado en Córdoba como un hombre muy ilustrado en temas científicos. Fue profesor de la Escuela Politécnica y de la de Artes y Oficios, así como miembro de la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Falleció cuatro años después de su padre, concretamente el 24 de junio de 1908⁴⁷. El segundo, Francisco, marchó de España y residió en Cuba. Su mujer falleció el 20 de marzo de 1911⁴⁸.

Al morir su padre el 8 de marzo de 1855 se hizo cargo definitivamente de la conocida popularmente como “Botica de San Antonio”, abierta por su progenitor el 11 de febrero de 1828 y ubicada en la última casa de la acera de la derecha de la calle Maese Luis⁴⁹. Dicha botica era conocida por ese nombre debido –según indica Ramírez de Arellano y Gutiérrez– a un lienzo de San Antonio que estuvo hasta

⁴⁵ PAVÓN, F. de B., *Discurso sobre las utilidades del arbolado y necesidad de su fomento*, Madrid, 1844.

⁴⁶ RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 468.

⁴⁷ *Vid.* sobre Rafael Pavón y Alzate GIL Y FERNÁNDEZ, R., *Córdoba contemporánea*, I, Córdoba, 1892, pp. 200-201.

⁴⁸ Dicho dato se encuentra en la lápida del cementerio de San Rafael, donde sus restos están inhumados.

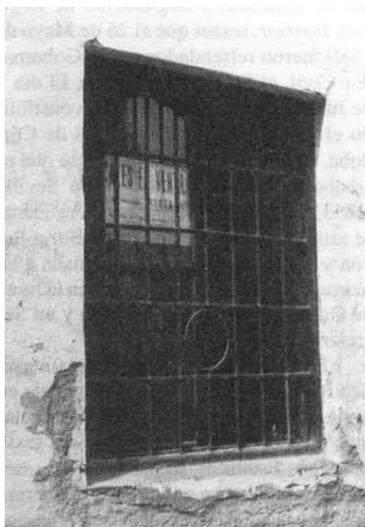
⁴⁹ La zona comprendida entre la muralla de la calle de la Feria (actual San Fernando) y la plaza de la Corredera se conocía desde el siglo XIV con el nombre de Barrionuevo por su reciente urbanización. Distintos lugares de la misma comenzaron a recibir nombres concretos en el siglo XV para diferenciar esta amplia zona: Barrionuevo de los Tundidores, Barrionuevo de la calle de la Feria, etc., comenzando a constituir diferentes calles (*cfr.* ESCOBAR CAMACHO, J. M., *op. cit.*, pp. 216-217). Así, Barrionuevo de la calle de la Feria, documentada por primera vez en la segunda mitad del siglo XV, pasaría a denominarse en la centuria siguiente calle de Maese Luis por el nombre de un médico de cierta fama que había vivido en ella en la última centuria bajomedieval, como así lo atestigua el testamento de su nieto (*vid.* al respecto RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, T., *op. cit.*, p. 212).

1841 junto al balcón de dicha casa y que después se depositó –ya muy deteriorado– en la ermita de Nuestra Señora de la Consolación⁵⁰.

Ricardo de Montis en sus *Notas cordobesas*, al referirse a la casa botica donde vivía Francisco de Borja Pavón, la describe de esta manera:

Es esta una farmacia antigua, sin lujo, sin reclamos, sin escaparate siquiera en el que luzca, en medio de los botes llenos de específicos y de los aparatos ortopédicos, la enorme esfera de cristal llena de líquido coloreado é iluminada potentemente, que simula el ojo de un cíclope; es la clásica botica en que se reunían nuestros bisabuelos para pasar las noches de invierno, interminables, entretenidos en amena charla ó en agradable lectura⁵¹.

Esta casa, donde se ubicaba la farmacia, fue el domicilio de nuestro académico biografiado hasta su fallecimiento en 1904, al cual –en opinión del autor antes mencionado– le agradaba poco su profesión, si bien siempre estaba dispuesto a ayudar a quien no podía costearse la medicina o a preparar la fórmula necesaria para cualquier enfermedad⁵². Sin embargo, debido a su profesión tuvo que realizar una gran cantidad de informes de ensayos analíticos para las autoridades, especialmente la judicial. Igualmente –en calidad de vocal de la Junta de Sanidad– emitió como especialista diversos dictámenes sobre aquellos asuntos relativos a su competencia profesional.



Ventana de la casa, la botica de San Antonio, donde vivía don Francisco de Borja Pavón y López.

⁵⁰ En esta casa había vivido con anterioridad don José Giménez Hoyo, uno de los diputados por la provincia de Córdoba en las Cortes de 1810 (RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, T., *op. cit.*, pp. 212-213).

⁵¹ MONTIS ROMERO, R. de, *op. cit.*, p. 245.

⁵² *Ibid.*, p. 247. Como curiosidad se recoge en las crónicas de la época que, en la visita realizada a Córdoba en septiembre de 1862 por la reina Isabel II, administró unos medicamentos al rey consorte para curarlo de un catarro.

Aunque la profesión farmacéutica en Córdoba se caracterizaba por un comportamiento individual de sus titulares, en la segunda mitad del siglo XIX surgió un movimiento asociacionista que reivindicaba una mayor presencia social de la farmacia y de sus profesionales⁵³. En dicho cambio participaría Francisco de Borja Pavón, buscando siempre un planteamiento colectivo y colegiado de los problemas farmacéuticos como mejor vía para su solución, así como un mayor crédito y prestigio de los profesionales. Por ello, cuando en 1880 se crea el Colegio de Farmacéuticos, él forma parte de ese grupo de ocho farmacéuticos que se reúnen el 26 de enero de dicho año, en un local cedido por la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba a la que pertenecía, para asociarse y constituir el mencionado Colegio, siendo nombrado como presidente provisional debido a su mayor antigüedad en el ejercicio de la profesión.

La misión de la primera junta sería la elaboración de unos estatutos y reglamento para la nueva sociedad recién creada, estatutos que serían presentados al resto de los profesionales de Córdoba para su aprobación tres meses después, en una reunión celebrada el 22 de abril de 1880 en el mismo local cedido por la Academia de Córdoba, y reafirmados por el gobernador el 26 de mayo. El día 1 de julio quedó constituido el Colegio de Farmacéuticos de Córdoba, con una estructura muy parecida al Colegio de Madrid, al estar dividido en tres secciones: científica, económica y profesional o de vigilancia y tener tres categorías de miembros: los de número, los correspondientes y los de honor. Pero el Colegio –como señala el profesor Naranjo Ramírez– no fue sino una iniciativa particular de un grupo de profesionales –entre ellos don Francisco de Borja Pavón, que sería ratificado como presidente del mismo–, ya que algunos farmacéuticos de la capital y una mayoría de la provincia no se integraron en el mismo, teniendo que esperar para su consolidación a la centuria siguiente. El señor Borja Pavón presidiría el Colegio hasta el año 1898, año en el que por Real Decreto de 12 de abril se aprobaba un Estatuto para el Régimen de los Colegios de Médicos y Farmacéuticos, en el que se contemplaba –entre otras cosas– la colegiación obligatoria, lo que llevaría a la elección de una nueva Junta de Gobierno, cuya sede ya no estaría en el local

⁵³ Vid. sobre este tema NARANJO RAMÍREZ, J., "El Colegio Oficial de Farmacéuticos de Córdoba. Fundación y avatares hasta 1936", *BRAC*, num. 150 (2006), pp. 230-248.

cedido provisionalmente por la Academia cordobesa, sino que se localizaría en el número 26 de la calle Letrados⁵⁴.

Pero Francisco de Borja Pavón, no solo formaba parte del Colegio de Farmacéuticos de Córdoba, sino que –como nos indica Enrique Redel– pertenecía a los Colegios Farmacéuticos de Granada y de la Corte⁵⁵. Aunque le agradara poco su profesión, su formación científica está fuera de toda duda, pues viene avalada por la cantidad de libros que tenía en su biblioteca sobre ciencias en general, matemáticas, mecánica, estadística, astronomía, geología, agricultura, física, química, historia natural, medicina, farmacia, historia de la farmacia, materia farmacéutica, farmacopea y tarifas relacionadas con ello⁵⁶, si bien su cantidad es ampliamente superada –como veremos más adelante– por los libros dedicados a las letras y artes. Ello nos habla, sobre todo, de su carácter humanista y bibliófilo, como veremos a continuación.

3. Francisco de Borja Pavón, literato, bibliófilo y humanista

Pero si su profesión era la de farmacéutico su vocación era la de literato. Ya desde joven dio sobradas muestras de su amor a las letras, inculcado –al igual que la lectura– por Muñoz Capilla. Era un entusiasta de la literatura clásica, sobre todo, de la latina, lo que le llevaría a disertar de ella en innumerables actos públicos y a publicar diversas traducciones de obras de poetas latinos en diversos periódicos y almanaques literarios, quedando muchas inéditas a su muerte. Estas fueron publicadas por Ángel María de Barcia, a indicación de don Marcelino Menéndez y Pelayo, en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* en 1907 y ese mismo año fueron recogidas y editadas en Madrid, con ligeras variantes de forma, en un libro titulado *Traducciones de poetas latinos*, haciéndose tan solo una edición de 200 ejemplares. En este libro se recogen traducciones de algunas obras de los siguientes poetas latinos: Quinto Horacio Flaco, Publio Ovidio Nasón, Cayo Valerio Catulo, Albio Tibullo, Sexto Propercio, Marco Valerio Marcial, Décimo Junio Juvenal y Publio Virgilio Marón⁵⁷. Su conocimiento del

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 232-234.

⁵⁵ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*.

⁵⁶ *Cfr. Catálogo de los libros que forman la Biblioteca que perteneció al Ilmo. Sr. D. Francisco de Borja Pavón en Córdoba*, Córdoba, 1908, pp. 17-45.

⁵⁷ PAVÓN, F. de B., *Traducciones de poetas latinos*, Madrid, 1907, y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 99. Según este último, Marco Valerio Marcial era uno de sus

francés desde muy joven le permitió también realizar traducciones de autores como Víctor Hugo⁵⁸, al que le dedicó también sus "Juicios críticos"; Voltaire y Pierre-Jean Béranger; asimismo su dominio del italiano le llevó a traducir el soneto "A Roma", del dramaturgo Giovanni Battista Niccolini. En todas estas traducciones se ajustó perfectamente al original, notándose en ellas su estilo clásico y un estilo propio que le daba categoría de literato⁵⁹. Igualmente habría que mencionar su traducción de la obra de Pedro de Valencia *De iudicio erga verum*, sus *Comentarios a la traducción del Fuero Juzgo, hecha por don Victoriano Rivera* o su versión en latín de las obras del ya mencionado Valencia⁶⁰.

Su admiración por la poesía le llevó a prologar igualmente algunos libros de esta temática, como el de uno de los poetas cordobeses más importantes de la segunda mitad del siglo XIX, M. Fernández Ruano, cuya poesía fue publicada en 1892, cuatro años después de su muerte, por el Ayuntamiento de la ciudad, siendo ya cronista de la misma Pavón y López.⁶¹ También prologó las colecciones de poesías de Carlos Ramírez de Arellano, Luis María Ramírez de las Casas-Deza, J. Eguilaz, J. Escalambre y Neira y A. Jover y Sans, siendo reconocida en todas ellas su labor de crítico imparcial y moderado, así como de reputado literato⁶².

Francisco de Borja Pavón, como buen humanista, no solo traducía poemas clásicos, sino que era autor de una amplia colección de obras poéticas suyas. Si en su juventud, como nos dicen sus biógrafos, escribía poemas eróticos, con el paso del tiempo amplió su temática. En septiembre de 1862, con motivo de la visita de la reina Isabel II a Córdoba, le brindó unos versos o ripios a la familia real. En 1844 escribió unos versos para complacer a la familia Jover, que deseaba

poetas latinos favoritos, algunos de cuyos epigramas vieron la luz en el "Almanaque" del *Diario de Córdoba*.

⁵⁸ Para Redel la traducción que hizo de la poesía de Víctor Hugo "Cántico de fiesta de Nerón" era superior a la que hizo el afamado traductor Teodoro Llorente, ya que las puso en metro más grandilocuente y propio del asunto (*op. cit.*).

⁵⁹ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, pp. 202-203

⁶⁰ *Ibid.*, p. 204 y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 100.

⁶¹ FERNÁNDEZ RUANO, R., *Colección de poesías*, con prólogo de F. de B. Pavón, Córdoba, 1892, pp. I-XIV.

⁶² *Cfr.* GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 203 y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 100.

adornar con inscripciones poéticas la glorieta de la huerta de Melero⁶³. El 22 de abril de 1878 leyó una composición poética suya titulada “El trabajo” en el Círculo Católico de Obreros de Córdoba, siendo publicada ese mismo año⁶⁴.

Desde muy joven mostró igualmente predilección por la filosofía, elaborando –como dijimos anteriormente– su primer ensayo en la época de estudiante de bachillerato, que con el paso del tiempo se convirtió en una nueva faceta de su perfil humanista. En este sentido cabe destacar la carta-prólogo al libro de filosofía y consideraciones morales de J. Escalambre y Neira, titulado *La mujer*, publicado en 1885⁶⁵. Igualmente hay que mencionar sus artículos titulados “Juicios sobre la Ética, de Rey Heredia”, “Historia de la Filosofía del cardenal González” y “Juicio sobre lo verdadero”⁶⁶.

Pero es en la prosa donde Francisco de Borja Pavón nos ha dejado una gran cantidad de obras. Si en 1833, con tan solo diecinueve años, comenzó a escribir artículos en prosa imitando a Jovellanos, con el paso del tiempo su estilo fue adquiriendo su propia personalidad. A ello contribuirían, sin duda, los viajes que hizo a otros países, como el realizado en 1859 a París y Versalles, que acabarían por ampliar y perfeccionar su estilo literario, sirviéndole igualmente para relacionarse con literatos tan insignes como Victor Hugo y Alejandro Dumas⁶⁷. Igualmente destaca su labor de articulista, al colaborar como corresponsal, en las publicaciones madrileñas: *El Piloto*, *El Correo Nacional*, *El Restaurador Farmacéutico* y *La España*, entre otras, así como en otras de provincias –tanto periódicos como revistas–, destacando *La Revista Agustiniana* de Valladolid o las de *El Avisador Cordobés*, *Diario de Córdoba*, *La Crónica*, *La Juventud Católica*, *El Comercio de Córdoba*, *El Boletín de la Sociedad Económica de Amigos del País*, *El Liceo*, *El Álbum* y *La Alborada*, entre otras⁶⁸. En este sentido habría que destacar su contribución a la fundación del *Diario de Córdoba* en 1849, conjuntamente con don Fausto García Tena, don Rafael García Lovera, el Duque de Hornachuelos y otras personalida-

⁶³ ARTIGAS, M. J., *op. cit.*, pp. 10-11.

⁶⁴ Cfr. RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 467.

⁶⁵ ESCALAMBRE Y NEIRA, J., *La mujer, consideraciones morales*, Córdoba, 1885, pp. VII-XV.

⁶⁶ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 204 y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 100.

⁶⁷ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.* y MONTIS ROMERO, R., *op. cit.*, p. 248.

⁶⁸ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 204 y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, pp. 100-101.

des de la época, publicando desde ese momento numerosos artículos que eran seguidos con gran interés por los lectores⁶⁹.

Su interés por los estudios histórico-biográficos de carácter crítico le llevó a escribir y a publicar en el *Boletín Eclesiástico*, a instancias del obispo fray Zeferino González, una serie de trabajos sobre don Mariano de Fuentes y Cruz, don Diego de Alvear y Ponce de León, don Luis Carrillo y Sotomayor, Gonzalo de Ayora, Agustín Nieto, el doctor Rosal, Gonzalo de Córdoba, don Francisco González Vega, don Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, y don Luis de Góngora y Argote, que fueron leídos todos ellos el 10 de febrero de 1888 en el Ateneo. Además publicó en otros periódicos locales varios estudios de esta naturaleza sobre Bernardo de Alderete, don Mariano de Fuentes y Cruz, el padre Muñoz Capilla, Lucano, Juan Rufo y Gómez Ortega, entre otros, acreditándose en todos ellos como un magnífico literato⁷⁰.

El estilo selecto de su prosa y la mesura en sus juicios críticos, así como la riqueza de datos que aporta en cada uno de sus estudios y su discreción a la hora de narrar ciertos hechos motivó que el Ayuntamiento llevase a cabo la publicación de un libro donde se recogiesen las necrológicas realizadas por Francisco de Borja Pavón a lo largo de su vida sobre sus contemporáneos distinguidos dentro de las distintas ramas del conocimiento⁷¹. En él están recopiladas las del padre maestro fray José de Jesús Muñoz (1840), don Juan Ramón de Ubillos (1844), don José Martín de León (1865), don Antonio Gutiérrez de los Ríos (1873), don Luis María Ramírez de las Casas-Deza (1874), don Carlos Ramírez de Arellano (1874), don Fausto García Tena (1874), don Francisco de Asís Palóu (1876), don José Saló (1877), don Federico Martel y Bernuy, conde viudo de Torres Cabrera (1878), don José Amador de los Ríos (1878), don José Sánchez Peña (1883), don Agustín Moreno (1884), don Javier Valdelomar, barón de Fuente de Quinto (1884), don Rafael Gutiérrez de los Ríos (1887), don José Ruiz León (1888), don Manuel Fernández Ruano (1888), don Ignacio Argote y Salgado, marqués de Cabriñana (1891) y don Pedro Rey y Gorrindo (1891)⁷².

⁶⁹ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

⁷⁰ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 203, y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, pp. 99-100.

⁷¹ *Ibid.*, pp. 205-206 y 101 respectivamente.

⁷² PAVÓN, F. de B., *Necrologías de varios contemporáneos distinguidos*, Córdoba, 1892. La publicación de este libro fue un acierto por parte del Ayuntamiento, al

Entre sus estudios de carácter bibliográfico destacan los realizados a las *Obras escogidas de don Luis Segundo Huidubro*, publicadas por la Real Academia de Sevilla, así como al libro *Breve descripción de los viajes hechos en América por la Comisión Científica enviada por el Gobierno de S.M.C. durante los años de 1862 a 66*, de don Manuel de Almagro⁷³.

Por último, conviene destacar igualmente, una serie de artículos e investigaciones realizadas a lo largo de su vida sobre diferentes temas relacionados con la cultura cordobesa, como los dieciocho artículos sobre “Ingenios cordobeses”, otros sobre “Reformas y aspectos públicos de Córdoba”, la “Cultura intelectual de Córdoba en el siglo XVII”, “La literatura cordobesa” y “El periodismo”, entre otros. Igualmente escribió artículos de carácter crítico sobre discursos de don Rafael Conde y Luque, las obras de don Rafael de Gracia y don Fernando de Amor o sobre el tomo XX de la *Historia General de España* de Lafuente. Además de ello están los discursos de tipo académico o de contestación a otros compañeros de Academia, a los que nos referiremos en un próximo apartado⁷⁴.

El buen hacer literario de Francisco de Borja Pavón trascendió a nivel nacional, como demuestra las citas que de él se hicieron por autores importantes de la época. Según recoge Enrique Redel, en su necrológica sobre nuestro ilustre paisano, en las *Obras póstumas de don Leandro Fernández de Moratín* se le califica de “docto” en el tomo II, página 204, por haber facilitado una de las mejores cartas de Moratín para el libro. Igualmente, don Pedro de Madrazo lo citaba en las páginas 395 y 425 del tomo dedicado a Córdoba de su obra *Recuerdos y bellezas de España*, calificándolo de “anticuario tan erudito cuanto modesto”, al haber traducido la inscripción de Ambrosio de Morales

recoger todas las necrológicas de Francisco de Borja Pavón y López, ya que tuvieron muy buena acogida por los lectores cordobeses. Sin embargo, para Enrique Redel, aunque las considera correctas –como todas sus obras– son las menos notables, pues según señala “no es difícil comprenderlo de este modo si se tienen en cuenta que las más de las necrologías ízolas (*sic*) accediendo á particulares instancias” (*op. cit.*). El *Boletín de la Real Academia de Córdoba* ha recogido tres de estas necrológicas. Se trata de las de don Ignacio Argote y Salgado, marqués de Cabriñana (40, 1934, pp. 17-22), don José Ruiz León (42, 1934, pp. 253-259) y don José Amador de los Ríos (99, 1978, pp. 149-157). La de este último fue publicada también en el *Diario de Córdoba*, los días 27 y 28 de febrero de 1878.

⁷³ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, pág. 205.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 204 y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 100.

en el monumento de los Mártires, situado en el Campo de los Santos Mártires. Este mismo autor en el tomo XXII –y último– de su *Seminarario Pintoresco Español*, en dos de sus artículos que titula “Recuerdos de una excursión por la sierra de Córdoba”, se refiere a las personas que le acompañaron el 27 de mayo de 1853 en dicha excursión, describiendo a Pavón de la siguiente forma: “la cuarta individualidad era un literato de la misma ciudad, hombre casado y ya grave, que se caía a pedazos de puro bueno y gastaba chaqueta verde los días de campo, con el aditamento de un sombrero hongo gris, flamante”. Por último, señala que en el tomo 68 de la Biblioteca de Autores Españoles, y tercero de los poetas líricos del siglo XVIII, formada por don Leopoldo Augusto de Cueto, en la página 141 al referirse a una composición poética de Arriaza menciona veladamente a Pavón, que había encontrado una edición de la misma, como “un distinguido literato cordobés”⁷⁵.

Otra muestra de la fama del patriarca de las letras cordobesas es la gran cantidad de cartas que conservaba de personas célebres de su época, donde elogiaban su figura, que no han sido publicadas. Entre ellas destacan las de Ríos Rosas, Bravo Murillo, Salustiano Olózaga, Fernández Espino, Pedro Antonio de Alarcón, Fernando Amor, Manuel Cañete, Fernán Caballero, Joaquín Francisco Pacheco, el Conde de San Luis, Cayetano de la Barrera, Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar –quien incluso le pide opinión en nombre de la Academia de la Lengua sobre una palabra y él le contesta señalando las palabras que a su juicio deberían figurar en el Diccionario–, Adolfo de Castro, Eugenio de Ochoa, Donoso Cortés, Aureliano Fernández Guerra –quien lo felicita por su trabajo sobre Góngora y le indica que había sido del gusto de Menéndez y Pelayo–, Juan Fastenrah, el doctor Thebussem, Rodríguez Zapata, Gayangos y los cordobeses Muñoz Capilla y Amador de los Ríos⁷⁶.

⁷⁵ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

⁷⁶ *Ibid.* En la Biblioteca Nacional se encuentra un manuscrito de 296 hojas con el nombre de “Cartas de varios literatos a D. Francisco de Borja Pavón, cronista que fue de Córdoba, y minutas o copias autógrafas de muchos de los dirigidos por él a los mismos”. Se trata de una colección de cartas con copia autógrafa de las respuestas, y algunas con sobre dirigidas a Francisco Javier de Borja Pavón por: Fr. José de Jesús Muñoz Capilla, 1833-1836 (h. 7-11v), José Martín de León y Mesa, catedrático de Farmacia y de Amalia de León, 1831-1860 (h. 13-28), Cayetano de la Barrera, 1836-1868 (h. 29-73), Antonio de los Ríos, 1842 (h. 75-78v), Salustiano Olózaga, 1843 (h. 79-82v), José Amador de los Ríos, 1843-1861 (h. 83-89), Pascual

Igualmente se encuentra también sin publicar una colección de volúmenes manuscritos –concretamente, veinticinco–, en los que Francisco de Borja Pavón recoge desde que llega a Madrid en el año 1833 hasta el final de su vida todas sus impresiones acerca de sus lecturas, sus visitas, los personajes que va conociendo o los hechos públicos más interesantes de los que ha sido testigo, encontrándose igualmente en sus páginas poemas de autores que le han causado una grata impresión. Cada uno de los volúmenes se compone de varios cuadernillos, en los que diariamente iba anotando lo que consideraba más destacable, y cada uno de ellos está realizado como si se tratara de un libro-diario, aportando una gran cantidad de información para el conocimiento de su vida y del momento histórico en que transcurre la misma⁷⁷.

Su botica, ubicada en el número 17 de la calle Maese Luis, estaba llena de libros y papeles, que lo consagrarían como un auténtico humanista y que le llevó a tener la mejor biblioteca y una de las más numerosas que había en la ciudad, en un momento –como señala la profesora Porro Herrera– en que debió existir un interés específico por la lectura personalizada en pequeños grupos dentro de los ambientes

de Gayangos, 1849-1881, incluye listas y recibos de libros, algunos árabes, carta de Gayangos a Lucas del Pozo y notas de éste (h. 90-186v), e intercalada una carta de Francisco Manuel Ibarra a Pedro de [¿Blanca?] (h. 102-103), Pedro de Madrazo, 1853-1882 (h. 187-238), Domingo del Monte, 1847-1850 (h. 239-244v), Aureliano Fernández Guerra, 1866-1874 (h. 245-250), Eugenio Ochoa, 1869 (h. 251-259v), Leopoldo Augusto Cueto, Marqués de Valmar, 1872-1879 (260-275v), Pedro Antonio de Alarcón, 1877-1883 (h. 276-280), doctor Thebussem, 1884 (h. 281-283v), Adolfo de Castro, 1888 (h. 284-288), Juan Valera, 1903 (h. 289-296v) (Biblioteca Nacional –en adelante B. N.–, ms. 19599).

⁷⁷ B.N., *Miscelánea de varios apuntes hechos por Francisco de Borja Pavón y López*, tomos I (ms. 19447, años 1833-35), II (ms. 19448, años 1836-39), III (ms. 19449, año 1840), IV (ms. 19450, año 1841), V (ms. 19451, años 1842-1843), VI (ms. 19452, años 1844-1850), VII (ms. 19453, años 1851-1854), VIII (ms. 19454, años 1855-1858), IX (ms. 19455, años 1859-1863), X (ms. 19456, años 1864-1869), XI (ms. 19457, año 1870), XII (ms. 19458, año 1871), XIII (ms. 19459, año 1872), XIV (ms. 19460, año 1873), XV (ms. 19461, año 1874), XVI (ms. 19462, año 1875), XVII (ms. 19463, años 1876-1877), XVIII (ms. 19464, años 1878-1879), XIX (ms. 19465, años 1880-1881), XX (ms. 19466, años 1882-1884), XXI (ms. 19467, años 1885-1888), XXII (ms. 19468, años 1889-1892), XXIII (ms. 19469, años 1893-1896), XXIV (ms. 19470, años 1897-1899) y XXV (ms. 19471, años 1900-1904). Enrique Redel afirma que “entre sus papeles conservaba legajos con apuntes particulares, que pudieran servir para la historia minuciosa de su vida” (*op. cit.*).

aristocráticos o pequeño-burgueses que formaron parte de una sociedad no demasiado brillante en esta parcela cultural⁷⁸.

Su afición a la lectura le llevó a recorrer todos los sitios de venta de libros, que compraba él mismo directamente o a través de intermediarios, logrando tener un número aproximado de 3.500 volúmenes de las más diversas materias, entre ellos muchos curiosos y raros para aquella época⁷⁹. El catálogo que se hizo de su biblioteca en el año 1908 nos ofrece volúmenes de las siguientes materias, además de las reseñadas anteriormente: literatura y arte en general, filosofía, jurisprudencia, biografías, viajes, geografía, historia universal, de Europa y de España, literatura clásica, española y de otras naciones, teatro, óperas, novelas, cuentos, poemas, leyendas, tradiciones y costumbres, historia literaria, filología, poesía, teatro, literatura (obras diversas y didáctica), teología, obras religiosas, eclesiásticas y de devoción, catecismos, filosofía moral, bellas artes, arqueología, mitología, artes y oficios, política, militar, academias, calendarios y guías, revistas y periódicos, pedagogía y enseñanza, manuscritos, y por último una serie de libros que titula como prohibidos, inclasificables, varios, así como documentos sin numerar⁸⁰.

Pero el señor Pavón no era solo amante de la lectura y un gran bibliófilo, sino que –al estar dotado de una gran generosidad– le gustaba enriquecer los archivos y bibliotecas públicas cordobesas con donaciones de autores nacionales y cordobeses, en particular, para que sus contemporáneos pudieran igualmente disfrutar con la lectura y ampliar sus conocimientos. Así, según nos señala Redel, regaló a la Corporación municipal la primera edición del *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, del Magistral Gómez Bravo; la *Astronomía Universal, teórica y práctica* (1735) y las *Tablas Filípicas*, del doctor Gonzalo An-

⁷⁸ PORRO HERRERA, M^a. J., "Imprenta y lectura en Córdoba (1556-1900)", *Albor*, 654 (Junio 2000), pp. 272-273. Igualmente F. Durán López nos señala como Juan Lucas del Pozo, músico de la catedral de Córdoba y muy aficionado a los libros en la Córdoba del siglo XIX, hace mención de Francisco de Borja Pavón como uno de los bibliógrafos cordobeses que poseía una estupenda biblioteca ("Los apuntes para mi vida de Juan Lucas del Pozo: una breve autobiografía en la Córdoba del siglo XIX", *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 10 (2002), p. 244).

⁷⁹ R. de Montis nos relata alguna curiosidad sobre la manera como adquiriría algunos de estos libros para que no le saliesen demasiado caros, ya que era muy conocido en los lugares de venta de libros antiguos y raros (*op. cit.*, pp. 247-248).

⁸⁰ *Catálogo de los libros que forman la Biblioteca que perteneció al Ilmo. Sr. D. Francisco de Borja Pavón en Córdoba*, Córdoba, 1908.

tonio Serrano; La *Organización de las sociedades* del padre Muñoz Capilla; las obras de Ludovico Brosio, traducidas por el cordobés fray Gregorio de Alfaro (1598); un *Tratado de algunos documentos y avisos referentes a la prudencia del confesor*, de fray Alfonso Fernández de Córdoba (1558); los *Anales del reinado de Isabel II* (seis tomos en tres volúmenes), de Burgos; una *Corografía de la provincia de Córdoba*, obra sin terminar de don Luis María Ramírez; las *Memorias sagradas del Yermo de Córdoba*, de don Bartolomé Sánchez Feria (1782); la *Historia Literaria de España* (diez tomos), de los padres fray Pedro y fray Rafael Rodríguez Mohedano; la *Biblia* anotada por Vitré; una copia del *Diccionario etimológico*, del doctor Rosal y varios opúsculos. Facilitó igualmente a la Biblioteca Provincial una copia de la *Historia de Córdoba*, del padre Ruano, y muchos libros de interés⁸¹.

Igualmente donó en 1881 al Archivo Municipal de Córdoba una variada documentación para su custodia de los siglos XVI al XIX. Se trata, esencialmente, de escrituras públicas relativas a diversas instituciones religiosas de la ciudad: conventos, como el de Santa Clara; parroquias, como la de la Trinidad; monasterios, como el de San Jerónimo, etc., procedentes todos ellos posiblemente de la desamortización eclesiástica y que llegarían a su poder por diversas circunstancias. Desde ese momento permanece en el mencionado archivo para su consulta, con el título de “Colección Francisco de Borja Pavón”, un fondo compuesto de dos cajas, donde se recoge dicha documentación, y seis libros. Los documentos archivados son escrituras, permutas, títulos, crónicas y registros de hermanos referentes a dichas instituciones religiosas⁸².

4. Francisco de Borja Pavón, académico y cronista

La formación científica y humanística, sobre todo, de Francisco de Borja Pavón, así como su gran personalidad y talante humano, serían bagaje suficiente para su participación en las escasas instituciones culturales de la Córdoba del siglo XIX. Una de ellas fue la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, a la que pertenecía su padre desde el año 1816 y que –como dijimos ante-

⁸¹ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*.

⁸² Vid. VERDÚ PERAL, A., *Guía del Archivo Municipal de Córdoba*, Córdoba, 1997.

riormente– fue fundada en 1810 por don Manuel María de Arjona y Cubas, funcionando como sección literaria de la Sociedad Económica de Amigos del País, de la que se fue separando poco a poco. Por este motivo los académicos eran al mismo tiempo socios de la Económica, cuyos títulos recibían simultáneamente. Su incorporación a ella coincidió con la reinstalación de la misma el 2 de marzo de 1841, ya que desde el año 1823 había dejado de estar presente en la ciudad debido a los avatares políticos del momento, pues la vuelta al absolutismo después del Trienio Liberal había significado un retroceso para Córdoba en el terreno cultural.

La Academia cordobesa, que había permanecido dieciocho años sin funcionar, pudo ser refundada gracias a que una vez restablecida la Sociedad Económica a principios del año 1841 por el jefe político de la ciudad don Ángel Izardi, periodista y político de ideología liberal progresista nombrado para el cargo durante la regencia de Espartero, aquella tuvo entre sus objetivos restablecer en Córdoba su institución cultural creada a principios de la centuria. Para ello se reunieron siete de los antiguos académicos que aún vivían, a los que se asociaron once individuos –uno de ellos Francisco de Borja Pavón–, que posteriormente aumentarían en número, refundándose la Academia el 2 de marzo de 1841. De esta forma se reanudaron los viernes las sesiones correspondientes, no sin antes nombrar los cargos estatutarios preceptivos, recayendo uno de ellos –el de censor– en nuestro científico y literato, que tendrá un papel importante en los dos primeros años de esta segunda etapa de la Academia, presidida por don Ramón de Aguilar y Fernández de Córdoba, hasta que a principios de 1843 abandone dicho cargo⁸³.

El será el encargado de redactar las memorias correspondientes a los primeros meses de esta segunda etapa (marzo-julio de 1841), así como desde esa fecha hasta enero de 1843. En la primera, leída el 29 de julio de 1841, sesión en la que se tributa un homenaje al padre Juan José Muñoz Capilla, en la que Pavón dedica una oda a la memoria del insigne cordobés y amigo, este hace un resumen del recorrido que ha

⁸³ Cfr. "Noticia de la Academia de ciencias, bellas letras y nobles artes de esta Ciudad, que comprende el resumen de sus tareas en los cuatro meses transcurridos desde su reinstalación, leída por D. Francisco de Borja Pavón, censor de la misma corporación en la sesión pública celebrada el 29 de Julio de 1841", en *Noticia de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes...*, pp. 1-6.

Boletín de la Real Academia

DE

Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

AÑO VII

JULIO A SEPTIEMBRE 1928

NÚM. 23

COSAS DE ANTAÑO



En el pasado de nuestra Academia cordobesa, este retrato es un capítulo de interés. Eran entonces—al mediar el siglo pasado—alma de la ilustre Institución, Don Ramón Aguilar y Fernández de Córdoba, su Director, hombre de vasta y profunda ilustración, Rector que había sido de uno de los Colegios mayores de la Salmanticense, Don José Saló y Junquet, el pintor de Córdoba en aquellos tiempos, y Don Francisco de Borja Pavón erudito entre los eruditos, culto humanista cuyo nombre ha ocupado los anales de la ciudad sabia, durante quince lustros.

Por el orden en que se nombran en esta evocación, aparecen de derecha a izquierda dados a la estampa.

tenido la Academia desde su fundación en 1810 hasta 1823, refiriéndose a la desaparición de la misma desde esa última fecha hasta marzo de 1841, cuando tiene lugar la refundación antes aludida. Posteriormente enumera y ofrece una síntesis de los trabajos leídos desde marzo a julio de dicho año, donde se incluye el suyo titulado "Memoria sobre las utilidades del arbolado y medios de fomentarlo", leído el 28 de mayo de 1841, donde su autor –nos dice el propio Pavón– deduce "con variedad de razones, sacadas de las ciencias físicas, la necesidad de conservar y fomentar los plantíos, considerando también el objeto bajo el aspecto económico y administrativo, ya con relación á España en general, ya especialmente respecto á Córdoba. La Academia recomendó esta memoria á la sociedad, por lo que tienen sus ideas de practicable en beneficio público"⁸⁴. Igualmente expresa en dicha memoria algunas de sus ideas sobre el carácter, estado y porvenir de la corporación.

El 7 de enero de 1843 leerá la segunda memoria, que abarca desde julio de ese año hasta diciembre de 1842. En ella hará igualmente un resumen de los trabajos que se han leído en la Academia durante esos meses, haciendo mención del suyo titulado "Discurso crítico de las obras del Excmo. Sr. Duque de Rivas", que fue leído en la tarde del 5 de noviembre de 1842 y en el que –según señala el mismo– "se examinan sus primeras poesías, el Moro expósito, y otras producciones, aplazando para más adelante el hacer mención de las restantes"⁸⁵. Posteriormente señalará la escasez de discusiones literarias y científicas existentes con motivo de las lecturas de las memorias o discursos pronunciados en la Academia, debido –según su opinión– a la poca concurrencia a las mismas, lo que las convertía más en tertulias privadas, por lo que se muestra partidario para aumentar el interés de las sesiones de una mayor crítica a las mismas. Tras una mención de gratitud para los que han donado a la Academia ejemplares de sus obras, constata que la Academia desde su refundación avanza lenta pero segura, y pasa a recordar la utilidad que debe tener esta institución cultural para la ciudad. Finaliza, después de afirmar que su crítica no ha sido muy

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 4-5. Este discurso fue publicado en Madrid, en el año 1844 (*vid.* nota num. 45).

⁸⁵ "Resumen de las tareas de la Academia de Córdoba, desde Julio de 1841, hasta Enero de 1843, leído en 7 del mismo por D. F. de B. P." en *Noticia de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes...*, p. 10.

profunda, ya que no ha querido extremar la censura ni prodigar el incienso, con las siguientes palabras:

En el desempeño del honroso cargo que hoy depongo en manos, ciertamente muy dignas, mi zelo por los progresos de la Academia me ha hecho usar frecuentemente de importunidad para con los demás Sres. Académicos. Este mismo zelo me justifica, y es el único título que tengo á la gratitud de la Academia Cordobesa: pues que habiéndola ofrecido escasos y fútiles trabajos, puedo decir con harta mas razón que el olvidado Horacio, que *Munus et officium, nil scriben sipse, docebo*⁸⁶.

La actividad académica de Francisco de Borja Pavón continuó, aunque hubiese dejado el cargo de censor, en los tres siguientes años, según nos confirma la memoria realizada por el secretario de la Academia, don Rafael González Navarro, de ese período de tiempo, que fue leída el 3 de abril de 1846⁸⁷. Así, en junio de 1844 leyó su segundo opúsculo crítico sobre las obras del Duque de Rivas, el 2 de diciembre de ese año presentó un estudio de historia natural titulado “Las mariposas”, al que ya hicimos referencia anteriormente, y el 2 de mayo de 1845 leyó una biografía crítica del filósofo cordobés Lucio Anneo Séneca. Igualmente participó en una de las discusiones promovidas por la lectura de un artículo del señor García Luna titulado “La actividad del alma”⁸⁸.

El año 1846 fue un año difícil para la Academia cordobesa, según nos indica su secretario, por la escasez de sesiones celebradas desde marzo a final de año y de recursos económicos. Al final de la memoria de este año, leída el 22 de mayo de 1847, se incluye una lista con los nombres de los 31 “señores que actualmente pertenecen a la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de esta Ciudad, formada con arreglo á las actas y acuerdos de la misma”, siendo su presidente don Ramón de Aguilar Fernández de Córdoba, su censor don José Luis de los Heros y su secretario don Rafael González Navarro, encontrándose entre ellos Francisco de Borja Pavón. Además de esta lista aparece otra con 44 corresponsales, indicándose al final que los señores académicos que aún no habían leído algún trabajo por escrito, como

⁸⁶ *Ibid*, p. 19.

⁸⁷ “Historia de la Academia desde enero de 1843 hasta 3 de marzo de 1846” en *Noticias de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes...*, pp. 21-26.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 24-25.

mandaba el artículo 43 de los estatutos, iban con letra bastardilla y estaban obligados a hacerlo en el año 1846 o en el siguiente, no siendo este el caso de nuestro académico biografiado, que –como hemos visto anteriormente– ya había participado en varias ocasiones en las sesiones de los viernes de la Academia⁸⁹.

La vida de la corporación académica en estos años y los siguientes no fue muy floreciente, aunque mantuvo una actividad aceptable, gracias a los ocho o diez académicos que iban a las sesiones, suspendiéndose algunas de ellas por la escasez de asistentes. En 1860, bajo la presidencia de Ramón de Aguilar y Fernández de Córdoba, aparecen firmando las actas indistintamente como secretarios Luis Maraver y Alfaro y Francisco de Borja Pavón. A partir de 1862 la Diputación Provincial le concedió a la Comisión de Monumentos el edificio del antiguo hospital de la Caridad en la plaza del Potro con el propósito de que se instalaran allí los Museos y la Real Academia, cuyas sesiones se venían celebrando en ocasiones en el propio domicilio particular del presidente. El 20 de enero de 1862, bajo la presidencia ya de Carlos Ramírez de Arellano, quien comenzará a titularse director o director-presidente a partir de 1868 –una vez reelegido para presidir la corporación a raíz de que el Ministerio de Fomento, mediante real orden, aprobase el Reglamento de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes– se le menciona a Pavón como secretario segundo, si bien es él quien firmará la mayoría de actas. Al año siguiente rubricará ya todas las actas como secretario único, siguiendo con este cargo hasta 1878, si bien a partir de septiembre de 1874 –a la muerte del anterior director– será nombrado para presidir provisionalmente la Academia Rafael Joaquín de Lara y Pineda.

Durante estos años la Academia siguió su trayectoria, no exenta de dificultades, aunque con una serie de decisiones y realizaciones que iban sentando las bases y realizaciones para su mejor funcionamiento, como la distribución de académicos por las tres correspondientes secciones y el nombramiento de sus respectivos responsables (presidentes y secretarios), lo que quizás fuese la causa para que el presidente de la Academia empezase a firmar como director de la misma; la reforma del Reglamento con respecto al número –veintiuno, siete por sección– y clases –numerarios y correspondientes– de académicos; o la redacción de un reglamento interno como complementario de los Estatutos.

⁸⁹ “Extracto de las actas de la Academia Cordobesa en 1846”, en *Noticias de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes...*, pp. 27-31.

En la sesión del 12 de enero de 1878 se convocaron elecciones en la Academia, saliendo elegido para presidirla Francisco de Borja Pavón y López, titulándose al firmar las actas como director, presidente o director-presidente.

La nueva directiva dio mayor actividad a la entidad, pues al principio de la década de los años ochenta la Academia vivió unos cortos pero fructíferos y buenos momentos, emitiendo informes sobre obras artísticas, publicaciones, certámenes, urbanismo y exposiciones artísticas, entre otros, solicitados frecuentemente por la Diputación Provincial y el Ayuntamiento. En la década de los 90, sin embargo, la Academia atravesó una grave crisis, debido principalmente a la falta de asistencia de los miembros de la misma a las sesiones por enfermedades, vacaciones, incompatibilidades, etc., que se tradujo en una menor actividad de la misma. Francisco de Borja Pavón se mantendrá al frente de la Academia hasta su muerte en septiembre de 1904, si bien se observa que desde julio de 1995 muchas actas solamente están firmadas por el secretario⁹⁰.

Durante los años que estuvo ocupando los cargos de secretario y presidente procuró que la Academia tuviese un papel importante en la cultura cordobesa, intentando que ocupase el lugar destacado que le correspondía por su historia. Para ello invitó a las personalidades más sobresalientes en las diversas ramas del saber de la época, intentó que sus decisiones fuesen siempre bien acogidas por todos los miembros, animaba a los conferenciantes a proseguir con sus investigaciones y él mismo contribuía personalmente al esplendor de la Academia con sus propias aportaciones literarias y científicas. Entre ellas destacan el discurso crítico de las obras del Duque de Rivas, al que ya hemos hecho referencia, unos apuntes sobre “Poetas cordobeses contemporáneos” (1860), un estudio –igualmente crítico– referido a la novela de Victor Hugo titulada *Nuestra Señora de París* (1860), otro de carácter bibliográfico acerca de *La historia de la prostitución* de Pedro Dufour (1863), el estudio sobre “La vida y la obra del docto jesuita cordobés Pedro Martín de Roa” (1873), la traducción al castellano de la oda latina LXI de B. Arias Montano, publicada en el *Diario de Córdoba* de 22 de marzo de 1883, un trabajo sobre “Marco Anneo Lucano”, publicado en la revista *Córdoba Ilustrada* (1884), otras a las que ya

⁹⁰ Cfr. Real Academia de Córdoba, *Libros de Actas*, tomos III (1860-1868), IV (1868-1877), V (1878-1884) y VI (1885-1902).

Boletín de la Real Academia
de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
DE CORDOBA

AÑO II. ❖ --: ABRIL A JUNIO --: ❖ NÚM. 4

HOMBRES PREEMINENTES QUE PERTENECIERON
A LA REAL ACADEMIA CORDOBESA



DON FRANCISCO DE BORJA PAVÓN Y LÓPEZ

CRONISTA DE CÓRDOBA

Nacido en el año de 1814, ingresó muy joven en la docta Corporación. Laboró en ella sin descanso no pudiendo contarse las ocasiones en que a través de la labor académica, dió señaladas muestras de su vasta cultura de Humanista, Historiógrafo y Bibliófilo. Fue muchos años Secretario, y no pocos Director. Ocupaba este cargo cuando murió. (Septiembre de 1914).

hemos hecho referencia y algunas más –no publicadas–, pero que conservaba manuscritas, ya que –como señala R. Gil– “ora porque juzga la publicidad vana ostentación, de que tan desposeído se halla, ora porque cree que no ha llegado aún el momento oportuno de ofrecerlas á la pública consideración”⁹¹.

De su etapa de secretario hay que destacar las memorias que redactó de la actividad académica durante los años 1872, 1873 y 1874, que sirven perfectamente para conocer la historia de esta institución cultural en la primera mitad de la década de los setenta, tan agitada desde el punto de vista político-social⁹². En ellas nos ofrece una relación de los trabajos leídos en las escasas sesiones que hubo en dichos años, así como un comentario de algunos de ellos, menciona los libros adquiridos y donados y la recuperación de material del archivo, hace referencia a la mala situación económica de la Academia y a los acuerdos más importantes adoptados, deja constancia de los nuevos académicos correspondientes y de las bajas habidas por fallecimiento, señala la presencia de la Academia en jurados para premios concedidos por Ayuntamiento y Diputación, así como en los juegos florales⁹³, y por último indica las causas –entre ellas la nueva situación política existente en el país– por las que la vida académica –a su juicio– había sido débil e inerte.

La memoria de 1874, año en que fallecieron el director de la Academia, don Carlos Ramírez de Arellano, y el censor, don Luis María Ramírez de las Casas-Deza, fue leída por Pavón en la sesión de 9 de enero de 1875 y está dedicada en una gran parte –además de los datos

⁹¹ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, pp. 207-208.

⁹² PAVÓN, F. de B., *Resumen de la Historia de la Academia de Ciencias, Bellas-Letras y Nobles Artes de Córdoba en el año de 1872* (leída en la sesión de 18 de enero de 1873), Córdoba, 1873, y *Resumen de la Historia de la Academia de Ciencias, Bellas-Letras y Nobles Artes de Córdoba en los años 1873 y 1874* (leída en la sesión del 9 de enero de 1875), Córdoba, 1875.

⁹³ Los juegos florales se celebraron en la ciudad de Córdoba de manera continuada, aunque no de forma regular, desde el año 1859, cuando el barón de Fuente de Quinto realizó una propuesta en el *Diario de Córdoba* para su realización en el ámbito de la poesía y obras literarias, con tres temas: uno religioso, otro histórico y otro costumbrista. Se comenzaron a celebrar impulsados por diferentes colectivos como la Academia de Córdoba, el Círculo de la Amistad, el Ateneo o la Real Sociedad de Amigos del País (GIL Y FERNÁNDEZ, R., *Córdoba contemporánea. Apuntes para la Historia de la literatura de esta provincia desde el año 1859, en que se celebraron los primeros juegos florales hasta el próximo pasado 1891*, I, Madrid, 1892, p. 1 y ss).

generales de todos los años— al recuerdo y a la alabanza de los mismos⁹⁴, señalando lo que suponían estas dos grandes pérdidas para la institución. Igualmente hace referencia a los académicos que los sustituyeron provisionalmente: don Rafael Joaquín de Lara y Pineda, como director, y don Rafael de Sierra y Ramírez, como censor, indicando que a partir de septiembre de dicho año comenzaría una nueva era para la Academia, que daría frutos más provechosos. Por último, destaca la satisfacción que era para la Academia el haber solicitado la devolución de los restos de Ambrosio de Morales, que habían sido llevados a Madrid para enterrarlos en un panteón de personas ilustres, pero que al no haberse realizado corría el peligro de su pérdida⁹⁵. Finaliza mostrando la esperanza en la nueva etapa política que se iniciaba: la Restauración monárquica en la figura de Alfonso XII, que favorable al principio de autoridad, hundido y menospreciado anteriormen-

⁹⁴ La sesión de 9 de mayo de 1874 estuvo dedicada a honrar la memoria del censor recientemente fallecido. En ella Francisco de Borja Pavón leyó unos “Apuntes necrológicos de don Luis M^º. Ramírez de las Casas-Deza”, cuyo texto de 14 páginas fue publicado ese mismo año en Córdoba, en la imprenta del *Diario de Córdoba*. Vid. también sobre ello RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 467.

⁹⁵ Con motivo de ese traslado a Madrid, Francisco de Borja Pavón —que pertenecía a la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de la provincia de Córdoba y había sido testigo de la inhumación de sus restos en la Colegiata de San Hipólito el año 1844, como veremos más adelante— pronunció un discurso el 4 de junio de 1869 en la estación de ferrocarril de Córdoba ante el vagón que transportaba los restos del cronista cordobés Ambrosio de Morales. Dicho discurso fue publicado ese mismo año en la imprenta del *Diario de Córdoba*. Dos años después hace una versión del epitafio que Ambrosio de Morales se escribió a sí mismo, recogido por R. Gil, que dice así:

Muriendo aquí un mortal dejó su vida.
Esta tumba á explicar sus señas baste.
Las almas de los vivos soliciten
la gloria de las honras mundanales,
el renombre y la fama esclarecida,
la patria y los blasones del linaje.
A mí de quien la vida huyó ligera
y con ella sus bienes deleznable,
que aprendas á vivir, si muerte anhelas
santa y feliz, me toca aconsejarte:
y si una vida venturosa ansias,
aprende ¡ay! á morir: que es ley constante.

(GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 205).

te, espera que traiga tranquilidad para el desarrollo de las ciencias, las letras y las artes.

Durante los años que estuvo al frente de la Academia como director fue el encargado de contestar a alguno de los discursos de ingreso como académico. Este fue el caso ocurrido con motivo de la recepción pública del doctor don Miguel Riera de los Ángeles, presbítero, en la sesión del día 20 de octubre de 1883, siendo publicados ambos ese mismo año en la imprenta del *Diario de Córdoba* en un librito de 27 páginas⁹⁶. También contestará al discurso de don Enrique Redel en su recepción como académico de número el 6 de octubre de 1901, siendo publicados ambos discursos igualmente en dicha imprenta ese mismo año⁹⁷.

Su labor como cronista comenzaría siendo ya presidente de la Academia de Córdoba. En primer lugar fue nombrado por la Diputación cronista de la provincia de Córdoba y, más tarde, de la ciudad cordobesa. Según indica R. Gil, en 1886 don Domingo Clemente, vocal de la Junta de Instrucción Pública, ilustrado profesor y secretario de la Escuela Normal de Maestros, presentó una moción solicitando que “se hiciesen públicos los merecimientos de tan eximio literato y se le nombrase Cronista de Córdoba, cosa que en parte se efectuó, siendo alcalde de la capital don Bartolomé Belmonte y Cárdenas”⁹⁸. Sin embargo, aunque ello no se llevara a cabo hasta unos años después, sí recibió el nombramiento en dicha fecha como cronista de la provincia de Córdoba en lugar de la ciudad, nombramiento que dejaría posteriormente para serlo de la ciudad.

En abril de 1891, siendo alcalde don Juan Tejón y Marín, el Ayuntamiento consignó una escasa asignación a este cargo, que –según el autor antes señalado– “más que justa remuneración á su trabajo, consideramos no era otra cosa que una exigua gratificación á tanto y tanto como por su país natal ha hecho y hace”⁹⁹. Efectivamente, en la sesión del 20 de ese mes recibió dicha distinción y se le otorgó también el título de “hijo predilecto de Córdoba, acordándose cambiar el nombre

⁹⁶ RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 467.

⁹⁷ *Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en 6 de octubre de 1901 por los señores Don Enrique Redel, académico de número, y D. Francisco de B. Pavón, presidente de la misma, en la solemne recepción del primero*, Córdoba, 1901.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 209.

⁹⁹ *Ibid.*

de la calle del Pozo, donde había nacido, por el de Borja Pavón”, dando lugar con ello a la confusión popular que posteriormente ha existido sobre su nombre. Sin embargo, en 1895 aún no se le había hecho entrega de dicho título, como así lo atestigua González y Sáenz¹⁰⁰. Con motivo de dicho nombramiento Enrique Romero de Torres pintó un retrato al óleo de Pavón para colocarlo en el archivo del Ayuntamiento, donde se conserva¹⁰¹.

Unos días después de su nombramiento, concretamente el 23 de dicho mes, la prensa y sus amigos organizaron una comida en su honor en los salones altos del llamado café Suizo, ubicado en la calle Ambrosio de Morales (antigua calle del Cabildo Viejo)¹⁰², asistiendo a la misma –además de sus amistades– representantes del Ayuntamiento, de la prensa local y nacional, recibéndose múltiples cartas y telegramas de felicitación de personas relacionadas con la cultura y –como señala uno de sus biógrafos– “en los brindis y en las poesías que se leyeron notábase el férvido entusiasmo y la buena acogida que en los cordobeses había tenido tal nombramiento”¹⁰³. Con motivo de este homenaje la *Revista Meridional* le dedicó su número del 18 de febrero de 1892, donde –según indica Gil y Fernández– aparece un retrato suyo hecho a pluma y una serie de artículos dedicados a él de Blanco Belmonte, García Lovera, Llacer, Ruiz, Vaquero Jiménez, Ricardo de Montis, Castillejo, de Benito, Martínez Alguacil, Redel, Fernando Jiménez y el propio R. Gil¹⁰⁴.

En noviembre de 1882 el recientemente nombrado cronista de Córdoba, por encargo del alcalde la ciudad, escribió una memoria de los festejos y actos llevados a cabo en la ciudad con motivo de la conmemoración del cuarto aniversario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón. El texto de dicha memoria está fechado en Córdoba, el 20 de dicho mes, y firmado por Francisco de Borja Pavón¹⁰⁵.

Su laboriosidad y su prestigio no solo fueron reconocidos a nivel local, sino que también fuera de Córdoba se le consideró un verdadero

¹⁰⁰ GONZÁLEZ Y SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 103.

¹⁰¹ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

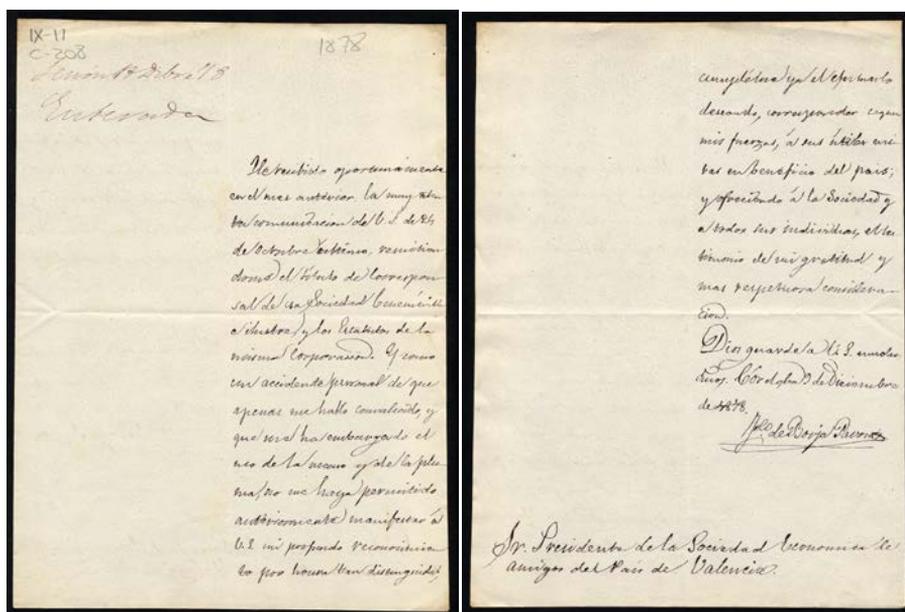
¹⁰² Vid. sobre la historia de dicha calle ESCOBAR CAMACHO, J. M., *Córdoba en la Baja Edad Media...*, p.180 y sobre el café, RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, T., *op. cit.*, p. 394.

¹⁰³ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, pp. 209-210.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 211.

¹⁰⁵ RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 468.

humanista. De ahí que la Academia de las Buenas Letras de Sevilla lo incorporara como correspondiente el 15 de junio de 1860, posteriormente –el 29 de enero de 1866– lo haría con el mismo título la Academia de San Fernando de Madrid, diez años más tarde –el 14 de junio de 1876– lo incluiría en su nómina de correspondientes la Real Academia Española, y finalmente en mayo de 1902 sería la Academia de Buenas Letras de Barcelona la que lo integraría igualmente en su seno como correspondiente¹⁰⁶. Además perteneció también a las Sociedades Económicas de Amigos del País de Córdoba –de la que fue censor y secretario¹⁰⁷–, Madrid, Aragón, Valencia, Murcia, Málaga, Montilla, Jerez y Jaén¹⁰⁸.



Carta de don Francisco de Borja Pavón aceptando su nombramiento de correspondiente de la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia (9 de diciembre de 1878).

¹⁰⁶ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

¹⁰⁷ En la pág. 244 de la *Guía de forasteros en Madrid para el año 1843* aparece como secretario de la Sociedad Económica de Amigos del País de Córdoba.

¹⁰⁸ En 1878 fue nombrado correspondiente de la Sociedad de Amigos del País de Valencia. A finales de dicho año –concretamente el 9 de diciembre– Pavón y López escribe una carta al presidente agradeciéndole dicho nombramiento e indicándole que un accidente que le ha afectado a la mano, y del que todavía se encuentra convaleciente, no le ha permitido contestarle antes.

5. Francisco de Borja Pavón y su relación con las Bellas Artes

El proceso desamortizador llevado a cabo durante la primera mitad del siglo XIX, al venderse los bienes inmuebles de las órdenes religiosas y pasar los archivos, bibliotecas y obras de arte al Estado, puso en grave peligro el patrimonio histórico-artístico de España, del que venía cuidando y protegiendo desde 1792 la llamada Inspección o Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Para la defensa del mismo surgieron las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos y Artísticos, creadas a mediados del siglo XIX –concretamente por real orden de 13 de junio de 1844¹⁰⁹–, arbitradas desde Madrid por la Comisión Central de Monumentos, y coordinadas por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y la Academia de la Historia. Estas vinieron a sustituir a las anteriores Comisiones Científicas y Artísticas, que a su vez habían reemplazado a sus antecesoras Comisiones Especiales de Ciencias y Artes o Comisiones Recolecto-

¹⁰⁹ Los tres primeros artículos de la citada real orden decían lo siguiente:

Art. 1. Habrá en cada provincia una Comisión de monumentos Históricos y Artísticos compuesta de cinco personas inteligentes y celosas por la conservación de nuestras antigüedades.

Art. 2. Tres de estas personas serán nombradas por el jefe político, las otras dos por la Diputación Provincial, que podrá elegir una de su propio seno. La Presidencia corresponde al jefe político y en su defecto al vocal que esta autoridad señale.

Art. 3. Será atribución de estas Comisiones :

1. Adquirir noticia de todos los edificios, monumentos y antigüedades que existan en su respectiva provincia, y que merezcan conservarse.

2. Reunir los libros, códigos, documentos, cuadros, estatuas, medallas y demás objetos preciosos, literarios y artísticos pertenecientes al Estado que estén diseminados en la provincia, reclamando los que hubiesen sido sustraídos y puedan descubrirse.

3. Rehabilitar los panteones de reyes y personajes célebres o de familias ilustres, o trasladar sus reliquias a paraje donde estén con el decoro que les corresponde.

4. Cuidar de los Museos y Bibliotecas provinciales, aumentar estos establecimientos, ordenarlos y formar catálogos metódicos de los objetos que encierren.

5. Crear archivos con los manuscritos, códices y documentos que se puedan recoger, clasificarlos e inventariarlos.

6. Formar catálogos, descripciones y dibujos de los monumentos y antigüedades... y también de las preciosidades artísticas que por hallarse en edificios que convenga enajenar...

7. Proponer al Gobierno cuanto crean conveniente a los fines de su instituto, y suministrarle las noticias que les pida.

ras, cuyo objetivo era seleccionar las piezas para formar los Museos Provinciales, que venían actuando desde 1835¹¹⁰.

Las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos y Artísticos, que dependieron en un primer momento del Ministerio de Fomento y posteriormente, a raíz de su creación en el año 1900, del Ministerio de Instrucción Pública, estaban integradas por cinco miembros, siendo escogidos generalmente entre las personas más relevantes del mundo de la cultura local, no percibiendo por ello remuneración alguna y añadiéndole las correspondientes responsabilidades a sus ocupaciones habituales. El funcionamiento de las Comisiones de Monumentos fue bastante irregular ante la escasez de recursos, apoderándose de ellas un sentimiento de impotencia por el escaso apoyo que obtenían tanto de las autoridades provinciales como de las municipales. Por ello, se entiende que algunas de ellas desatendieran en ocasiones sus funciones o que su actividad fuera insuficiente para atender todas las tareas encomendadas. Tenían amplia autonomía, si bien en algunos aspectos funcionales dependían del jefe político o de la Diputación provincial correspondiente. Fueron, junto a las Academias, el núcleo de la incipiente protección estatal del patrimonio en la segunda mitad del siglo XIX¹¹¹.

Francisco de Borja Pavón, cuya afición por las Bellas Artes le llevó a tener en su casa una importante colección de obras de arte que fue –al igual que la biblioteca– punto de referencia obligado para los que estaban interesados en estos temas, perteneció durante muchos años a la Comisión Provincial de Córdoba. Fue vocal de la misma prácticamente desde su creación, secretario durante muchos años –ya lo era en 1844– y finalmente vicepresidente. Asimismo sería secretario de la Junta de Instrucción Pública hasta el año 1870, que renunció al cargo. Fue precisamente, siendo secretario de dicha Comisión, cuando tuvo que certificar el acta de la inhumación de los restos del cronista Ambrosio de Morales en la colegiata de San Hipólito el 19 de diciembre de 1844, así como los actos que se hicieron con tal motivo. Los restos habían sido depositados provisionalmente con anterioridad en dicha colegiata –concretamente el 18 de noviembre– al haber sido extraídos

¹¹⁰ Vid. sobre ello CAL, R., “La recuperación de los monumentos históricos para acrecentar el turismo”, *Historia y Comunicación Social*, 8 (2003), pp. 7-19.

¹¹¹ Vid. sobre la de Córdoba el estudio de PALENCIA CEREZO, J. M^a., *Setenta años de intervención en el patrimonio histórico-artístico cordobés (1835-1905): (la Comisión de Monumentos de Córdoba en el siglo XIX)*, Córdoba, 1995.

del sepulcro de mármol que existía en el extinguido convento de los Mártires del Río, donde se encontraban, y trasladados a la misma. Fueron inhumados, según consta en dicha acta, en la parte central de la pared del claustro de poniente, que mira a la puerta principal del claustro y a su frente¹¹². Allí permanecerían hasta que fueron trasladados a Madrid para incorporarlos a un panteón de personas ilustres en la época del llamado Sexenio Revolucionario.

Dos años después, en 1846, realizó un catálogo de 286 cuadros –acompañada de la correspondiente clasificación y descripción de los mismos– recogidos de los conventos desamortizados y depositados en las dependencias de la Diputación de la calle Carreteras (actual Pedro López) para la formación de un museo, del que era director en ese momento don Diego Monroy y Aguilera. Este trabajo lo realizó de acuerdo al modelo enviado por el Gobierno y de acuerdo con los criterios de la Comisión Provincial de Monumentos Histórico Artísticos de Córdoba¹¹³.

Su celo en cumplir lo establecido y proteger el patrimonio de Córdoba y su provincia está claramente demostrado en los escritos dirigidos a la Real Academia de la Historia. Él mismo, junto a Enrique Romero de Torres, se quejaba en un oficio dirigido a dicha institución de la poca agilidad burocrática de la Comisión Provincial con estas palabras:

En su virtud esta Comisión, que siempre ha procurado cumplimentar estos servicios, que tan en consonancia están con su deber y con sus deseos, y que tan determinados se hallan en sus estatutos, aprovecha esta ocasión gustoso, para exponer a esa Real Academia; que las tramitaciones oficiales de que tienen que valerse para actuar, las comisiones, esterilizan a despecho de su diligencia, su celo y disposiciones y dan margen a infinitos abusos cometidos ya por los directores de las obras públicas, ya por los contratistas y trabajadores, que sordos a las Reales Órdenes vigentes que desconocen o fingen desconocer ocultan, se apropian o enagenan impunemente los objetos que aparecen, perdiéndose por tanto o alguna

¹¹² QUINTO, J. (dirige y redacta), *Boletín Oficial de Instrucción pública*, tomo 8 (año V, num. 1), Madrid, 1945, pp. 9-12. Recogido también en el *Boletín Oficial de Madrid*, num. 2002 (martes 24 de diciembre de 1844), pp. 1-3.

¹¹³ Cfr. RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 469.

vez resultado en poder de los aficionados, a quien interesa negar su procedencia¹¹⁴.

Igualmente, a la muerte en 1895 de Rafael Romero Barros, que era en ese momento el secretario de dicha Comisión Provincial, su hijo Enrique, que al hacerse cargo de la dirección del Museo de Bellas Artes pasaba también a ser secretario de la citada Comisión Provincial de Monumentos, señalaba en la memoria que hace el 15 de mayo de 1904 la precaria situación en la que se encuentra con las siguientes palabras: "... falta, en fin, de medios materiales hasta el extremo de que su digno Vicepresidente, don Francisco de Borja Pavón, y el Vocal Secretario que suscribe, han sufragado de su peculio por mucho tiempo aquellos gastos más perentorios"¹¹⁵. Gracias al informe emitido por ellos al alcalde de Córdoba el 6 de mayo de 1896, la torre de la Malmuerta, que en dicho momento se encontraba en mal estado de conservación, se salvó de su destrucción, limitándose tan solo al derribo de una escalera adosada a la torre¹¹⁶.

En el mencionado informe de 1904 hace una relación de todas las actividades y gestiones que ha realizado la Comisión desde que tomó posesión como secretario, siendo vicepresidente Francisco de Borja Pavón. Además de la ya señalada sobre la torre de la Malmuerta, intentaron que se restauraran en el año 1896 las puertas de Osario y Almodóvar para evitar su destrucción, el ajimez del Renacimiento adosado a la esquina de la calle de la Pierna y que se limpiara la fachada plateresca de la Casa de Expósitos. Al año siguiente denunciaron en la prensa el estado ruinoso en que se encontraban los cuadros de Valdés Leal, conservados en el antiguo convento del Carmen, para su restauración por el Obispado. En 1898, gracias también a una campaña en

¹¹⁴ MAIER ALLENDE, J. y SALAS ÁLVAREZ, J., *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Andalucía: catálogos e índices*, Madrid, 2000, p. 32. Igualmente se nombra a los académicos correspondientes que más estaban haciendo por el patrimonio de Córdoba, que eran: Luis María Ramírez de las Casas-Deza, Antonio Aguilar y Cano, Victoriano Rivera Molina, Francisco de Borja Pavón y Enrique Romero de Torres (*Ibid.*, p. 39)

¹¹⁵ ROMERO DE TORRES, E., "Memoria de la Comisión de Monumentos de Córdoba", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 44 (mayo 1904).

¹¹⁶ ROMERO DE TORRES, E. y PAVÓN, F. de B., "Oficio en el que se comunica que la Comisión de Monumentos de Córdoba ha acordado que se comunique al Alcalde que la intervención en la torre de la Malmuerta se limite al derribo de la escalera adosada a la torre", Córdoba, 1986 (texto facsímil en Biblioteca virtual "Miguel de Cervantes").

prensa, el Marqués de la Vega de Armijo consiguió que el gobierno diese una importante cantidad para la conservación de la Sinagoga. Igualmente durante todos esos años se pudieron salvar –y en la medida de lo posible depositar en el Museo Arqueológico– varios mosaicos romanos aparecidos en el edificio de Jesús Crucificado, capiteles árabes encontrados en la calle Conde de Robledo, así como diversas piezas (lápidas, monedas, etc.) encontradas en distintos lugares de la ciudad. También se hicieron reparaciones en la Puerta del Puente y excavaciones en el Campo Santo de los Mártires¹¹⁷.

Francisco de Borja Pavón formó parte también de comisiones de arte, tanto a nivel local como nacional. Sirva de ejemplo que en junio de 1870 él y Carlos Ramírez de Arellano, entre otros, fueron los encargados de señalar los temas de los diecisiete cuadros al óleo que la directiva del Círculo de la Amistad le había encargado al pintor sevillano José María Rodríguez Losada. Dicha comisión decidió que se pintaran cuatro cuadros con los retratos de Séneca, Gran Capitán, Maimónides y Averroes, y trece dedicados a contar hechos relevantes tanto de la historia de la ciudad de Córdoba como acontecimientos realizados por sus personajes. Sabemos también que en 1881 formó parte de la comisión que se desplazó al santuario de Linares para analizar la talla de la Virgen. Formó parte igualmente de la comisión local por Córdoba para la organización de la Exposición Nacional de Industrias Artísticas e Internacional de Reproducciones, celebrada en Barcelona en el año 1892¹¹⁸.

Otro de los temas que le apasionaba a nuestro académico fue la arqueología. En este sentido, cabe resaltar su traducción del alemán de un artículo del epigrafista, arqueólogo e historiador Emilio Hübner, de gran importancia para la historia de las antigüedades y monumentos romanos andaluces, y especialmente cordobeses. Relacionado con este autor está el artículo que hizo sobre la efigie de Séneca, publicado en el *Diario de Córdoba* el 7 de septiembre de 1894 y editado posteriormente en 1925 en el *Boletín* de la ya Real Academia de Córdoba¹¹⁹. Destaca igualmente el interés mostrado por las excavaciones en Medi-

¹¹⁷ ROMERO DE TORRES, E., *Informe sobre la actividad de la Comisión de Monumentos de Córdoba*, Córdoba, 1904 (texto facsímil en Biblioteca virtual “Miguel de Cervantes”).

¹¹⁸ Cfr. *Catálogo de la Exposición Nacional de Industria Artística e Internacional de Reproducciones*, Barcelona, 1892.

¹¹⁹ PAVÓN, F. de B., “La efigie de Séneca”, *BRAC*, 11 (1925), pp. 71-76.

na Azahara a mediados del siglo XIX, como evidencia la correspondencia mantenida con el historiador, arabista y bibliógrafo español Pascual de Gayangos y Arce¹²⁰.

Esta pasión por la arqueología, así como por sus conocimientos de la misma, le sirvió para ser miembro del Liceo Arqueológico de Málaga, así como correspondiente en 1859 de la Diputación Arqueológica y Numismática de Sevilla, desaparecida posteriormente¹²¹. Igualmente sería nombrado director interino del Museo Arqueológico de Córdoba desde 1896 a 1897, cuando tenía ya más de ochenta años de edad.

6. Francisco de Borja Pavón: conferenciante, tertuliano y hombre público

El carácter humanista de Francisco de Borja Pavón, que poseía conocimientos generales y profundos tanto de ciencias como de letras y artes, unidos a su memoria prodigiosa y su talante jovial –a decir de sus contemporáneos– lo convertían en un magnífico conferenciante y un amable tertuliano. De ahí que su cooperación con los liceos y ateneos de la época –tanto de Córdoba como de otras ciudades– fue siempre constante, con gran beneplácito de sus socios, que admiraban su elocuente e ilustrada palabra. Por ello, en 1844 lo hicieron socio de mérito del Liceo Artístico y Literario de Córdoba; en 1856 fue elegido también socio del Círculo Científico, Literario y Artístico de Málaga; en 1864 el Consejo Supremo de los Caballeros hospitalarios de San Juan Bautista de Madrid lo asoció igualmente a su Instituto¹²². Con todos ellos cooperó, difundiendo “por todas partes la ciencia que le engrandece y una bondad innata que le sublima á los ojos de sus contemporáneos y le hará venerar de las generaciones sucesivas”¹²³.

Fue asiduo conferenciante en la ciudad de Córdoba, no solo en la Academia, sino también en la Sociedad Económica de Amigos del País, donde pronunció la ya referida oda en honor del Padre Maestro don José de Jesús Muñoz, agustino, en junio de 1841; en el Círculo

¹²⁰ Cfr. ÁLVAREZ ROMÁN, M. A., y ÁLVAREZ MILLÁN, C., *Los viajes literarios de Pascual de Gayangos (1850-1857) y el origen de la archivística moderna*, Madrid, 2007, p. 81.

¹²¹ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

¹²² *Ibid.*

¹²³ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 207.

Católico de Obreros, donde leyó la composición poética titulada “El trabajo” –a la que hicimos referencia anteriormente– en abril de 1878; en el Ateneo, en el que pronunció un discurso titulado “Estudio biográfico de D. Luis de Góngora y Argote”, en la noche del 10 de febrero de 1888, cuyo texto –de 35 páginas– fue publicado ese mismo año¹²⁴.

Hombre de carácter jovial, memoria prodigiosa y amenísima conversación, según señalan sus contemporáneos, era el perfecto tertuliano –aun incluso siendo ya anciano–, “á quien jamás se cansaban de oír viejos ni jóvenes, porque unos y otros encontraban en ella sabias enseñanzas, prudentes consejos, gratos recuerdos, sátira culta, frases ingeniosas y ocurrencias verdaderamente felices”¹²⁵. Estas tertulias se celebraban en su propia botica de la calle Maese Luis, “en aquella rebotica llena de libros y de papeles”, donde también acudían a consultarle y aprender muchas personalidades y eruditos de la época, atendiéndoles siempre con suma amabilidad y bondad; en el paseo del Gran Capitán durante el verano o en el café del mismo nombre durante el invierno, no faltando nunca a ellas –además de sus amigos– escritores, artistas y admiradores que veían en él un verdadero maestro¹²⁶.

La enorme valía de nuestro académico hizo que ocupara durante su vida diversos cargos públicos. Unos relacionados con el mundo de la enseñanza. Sabemos que perteneció a la Junta Provincial de Instrucción Primaria y que durante veintiséis años fue secretario de la Junta de Instrucción Pública, cargo al que renunció en 1870. Fue vicepresidente de la Junta de Estadística, recibiendo en sus últimos años el cargo honorífico de Inspector de la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba y el nombramiento por el gobierno del monarca como comendador de número de la Orden civil de Alfonso XII¹²⁷. También alguno de sus biógrafos indica que fue concejal y síndico del Ayuntamiento de la

¹²⁴ Cfr. RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, pp. 467-469.

¹²⁵ MONTIS ROMERO, R. de, *op. cit.*, p. 248. Este autor recoge una de las composiciones populares que corría por la ciudad en referencia a esa gran cantidad de conocimientos que poseía Francisco de Borja Pavón, que decía así: “Tu cabeza, Pavón, es un armario / de noticias que yo saber quisiera”. (*Ibid.*, p. 249)

¹²⁶ Ricardo de Montis hace mención a una de sus aficiones, el género flamenco, indicando que no era extraño verle en ocasiones en un rincón oculto de algún café cantante (*Ibid.*, p. 249).

¹²⁷ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 207, y GONZÁLEZ Y SÁENZ, F., *op. cit.*, pp. 103-104.

ciudad, aunque nunca manifestó públicamente su ideología, si bien fue un hombre de orden y amigo de la paz. Sus ideas políticas no fueron ni muy conservadoras ni extremadamente progresistas, siendo partidario de la monarquía y habiendo militado en su juventud en el partido moderado. Era un gran patriota, que lamentaba lo malo que ocurría en España y celebraba lo bueno que acontecía. Su líder político era quien procurase el bien de su patria y defendiese los intereses del pueblo, siendo los lemas que presidían todos sus actos el *Alterum non laedere* (no dañar a otro) y el *Suum cuique tribuere* (dar a cada uno lo suyo), lo que en cierto modo nos da una idea de su pensamiento e ideología política¹²⁸.

7. Fallecimiento de Francisco de Borja Pavón y López

Los últimos meses de vida de Francisco de Borja Pavón transcurrieron en su casa, debido sobre todo a una penosa enfermedad sufrida el año anterior, que aunque superada en parte no le permitía salir mucho de su casa, si bien conservó hasta los últimos días sus facultades mentales íntegras, aunque con cierta debilidad física debido a su avanzada edad. Durante todo este tiempo recibía en su casa bastantes visitas de sus amigos y admiradores. Así nos lo indica Redel cuando afirma “casi todas las noches complacíame en oír de sus labios, en unión del conocido poeta don Pedro de Lara, la lectura de trabajos eruditísimos, en gran número inéditos, trabajos que ocultaba receloso al oír la voz de cualquier persona que á saludarle fuese”¹²⁹. Gracias a estas visitas consiguió bastantes datos de la vida del ya anciano académico, que era reacio a facilitarlos por su modestia y carácter reservado, así como por el temor a que fuese objeto de algún tipo de críticas.

Pavón fallece a las doce y media del día 21 de septiembre de 1904, miércoles, en su domicilio de la calle Maese Luis, dándose a conocer tan triste noticia en el *Diario de Córdoba* al día siguiente con una breve –pero sentida– nota, que encabezada con el nombre de don Francisco de Borja Pavón dice así:

¹²⁸ *Ibid.*, pp. 210 y 104 respectivamente.

¹²⁹ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

Córdoba está de luto.

Su hijo predilecto; su sabio cronista; el insigne literato; el erudito escritor; el decano de nuestros hombres de ciencia y de cultura, dejó ayer de existir en las primeras horas de la tarde.

Ni tiempo ni espacio tenemos hoy para escribir y publicar la necrología del varón insigne que honró con sus talentos á la ciudad de los Sénecas; aunque dispusiéramos de ambas cosas nos sería imposible en estos instantes cumplir ese triste deber que el periodismo nos impone, porque la emoción que embarga nuestro espíritu y el dolor que siente nuestro pecho no nos deja coordinar las ideas, y hasta parece que la mano se muestra indócil para dirigir la pluma.

Un distinguido escritor cordobés, gran amigo de Pavón, se encargará de ese trabajo, que publicaremos en el número próximo.

Dispénsenos, pues, los lectores la brevedad de estas líneas, y permítannos que abandonemos las cuartillas para consagrarnos solo á nuestro pesar, para verter lágrimas y elevar oraciones por el alma del venerable anciano que baja al sepulcro ostentando en sus sienes la aureola inmarcesible de la gloria”¹³⁰.

Efectivamente, tal como avanzaba dicha nota del diario, al día siguiente –23 de septiembre– se publicaba la nota necrológica de nuestro académico, realizada por Enrique Redel. Comenzaba diciendo lo que había significado para el mundo cultural la pérdida de este sabio humanista, que en cierto modo fue el centro de las reuniones literarias de la época hasta sus últimos momentos, aportando a continuación una serie de datos sobre su vida y su obra¹³¹.

En este mismo periódico Amador Jover y Sans, bajo el título “En la muerte de mi muy querido amigo el insigne bibliófilo y humanista don Francisco de Borja Pavón”, le dedica el siguiente soneto:

La eterna ausencia á que la dura muerte
en esta vida efímera y terrena,
de un sér querido á la amistad condena
que en inmóvil despojo al fin convierte,
esa, mi dulce amigo, infausta suerte,
hoy me cabe llorar, el alma llena,
de profundo dolor y acerba pena,
pues ya no oiré tu voz, ni podré verte.
¡Cómo te han de olvidar los que admiraron

¹³⁰ *Diario de Córdoba*, 22 de septiembre de 1904, p. 2.

¹³¹ *Ibid.*, 23 de septiembre de 1904, p. 1.

tu claro ingenio, y aquellos de quien fuiste
docto maestro y luminoso guía;
los que tu ameno trato frecuentaron,
y rinden culto á cuanto grande existe
en la Ciencia, en el Arte y la Poesía!¹³².

Los días posteriores, una vez que la noticia del fallecimiento de Pavón se da a conocer en toda España, otros amigos suyos envían igualmente pequeños artículos al *Diario de Córdoba* recordando al literato y humanista, al académico y cronista, pero sobre todo al hombre bondadoso que fue nuestro académico. Es el caso de Pedro Alcalá-Zamora, con su artículo titulado “Muertos ilustres”, y de Antonio Vázquez de la Torre, titulado “Mi pésame”, que son publicados el 27 de septiembre¹³³.

En ese mismo diario el Ayuntamiento daba cuenta de lo ocurrido en la sesión del día 26, celebrada a las 3,15 h. de la tarde y presidida por el alcalde interino señor García Martínez. En ella se lee y aprueba un decreto de la alcaldía dispensando los derechos de inhumación en enterramiento familiar del cadáver del cronista de Córdoba don Francisco de Borja Pavón en el cementerio de San Rafael¹³⁴.



Enterramiento de don Francisco de Borja Pavón y López en el cementerio de San Rafael.

¹³² *Ibid.*, p. 2.

¹³³ *Ibid.*, 27 de septiembre, p. 1.

¹³⁴ Sus restos se encuentran en el cementerio de San Rafael (*vid.* sobre su ubicación en dicho cementerio los datos ofrecidos por CECOSAM sobre los personajes ilustres enterrados en el cementerio de San Rafael). Después de ofrecer una breve biografía del finado nos muestra un plano, indicando el lugar donde se encuentra su enterramiento, justo al lado del que tenían sus padres. Al final de la biografía nos indica: “28/4/1907. Cronista de Córdoba (Panteones San Jaime, nº 134)”. Sabemos que sus restos fueron inhumados en el enterramiento familiar, donde ya estaban enterrados



Lápida financiada por el Ayuntamiento, con texto de Teodomiro Ramírez de Arellano, que se encuentra en la fachada de la casa donde nació Francisco de Borja Pavón y López.

A continuación el señor García Martínez hace un elogio de su figura, proponiendo que se levantara la sesión durante cinco minutos en señal de duelo y se nombrase una comisión para dar el pésame a la familia del fallecido. A continuación se realizaron dos propuestas: una, del señor Ramírez de Arellano, para que el Ayuntamiento costeara la impresión de las obras del insigne cronista y las ceda a su viuda, y la otra del señor Castejón para que se pusiese una lápida conmemorativa en la fachada de la casa donde nació el Hijo predilecto de Córdoba.

Todas las propuestas fueron aprobadas por unanimidad, acordándose también colocar los retratos de don Francisco de Borja Pavón y don Luis María Ramírez de las Casas-Deza en la sala capitular. Por último, para dar el pésame a su familia y ocuparse de todo lo referente a la impresión de sus obras se nombró una comisión formada por don Teodomiro Ramírez de Arellano, don Antonio Pineda y don Federico Castejón¹³⁵.

Posteriormente, el 3 de octubre, será otro de sus amigos, el ya mencionado poeta Pedro de Lara, que acompañaba a Redel en las visitas que hacían en los últimos meses a Pavón, quien escribirá igualmente

sus padres, pero la familia de Pavón posiblemente adquirió otro panteón al lado, trasladándose sus restos al nuevo en la fecha indicada anteriormente.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 2.

en el *Diario de Córdoba* un artículo dedicado al académico y cronista recientemente fallecido. En él hace un canto a su vida y su obra, destacando sobre todo sus cualidades humanas y científicas. Termina diciendo: “Nosotros, que tuvimos la suerte de tratarle con la más grata intimidad, y pudimos apreciar de cerca su ciencia y sus bondades, hemos sentido indecible amargura y desaliento al perder para siempre, arrebatado por la muerte cruel, al noble amigo y venerado maestro”¹³⁶.

Ese mismo día 3 de octubre hubo reunión del Ayuntamiento a las 2,30 de la tarde, en la que tras la lectura y aprobación del acta anterior el señor Castejón dio cuenta de la visita de pésame, efectuada por la comisión nombrada para tal efecto, a la familia de don Francisco de Borja Pavón. Asimismo comunica los deseos de gratitud expresada por la misma a la Corporación municipal por los acuerdos que tomó para honrar la memoria del fallecido. Dicha noticia saldrá publicada en el *Diario de Córdoba* del 4 de octubre¹³⁷.

El 8 de octubre la revista *La Ilustración Española y Americana* publicaba –como dijimos al principio de este trabajo– la noticia del fallecimiento de Francisco de Borja Pavón, acompañada de su retrato, calificándolo como “patriarca de las letras cordobesas” y haciendo una breve –pero intensa– biografía literaria y humana del mismo. Terminaba diciendo “descanse en paz el cordobés ilustre, honra y gloria legítima de las letras españolas”¹³⁸.

Por su parte, la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en su sesión celebrada el domingo 9 de octubre a las tres de la tarde en su local de la plaza del Potro, bajo la presidencia del académico más antiguo, Conde de Torres Cabrera, acordó –después de suspenderse la sesión durante cinco minutos en señal de duelo por la muerte de su anterior director don Francisco de Borja Pavón– que la Academia costease una lápida conmemorativa para ponerla en la fachada de la casa en la que falleció el ilustre decano de las letras cordobesas. A continuación se procedió a la elección de la nueva junta directiva, siendo nombrado nuevo director don Teodomiro Ramírez de Arellano¹³⁹.

¹³⁶ *Ibid.*, 3 de octubre de 1904, p. 1.

¹³⁷ *Ibid.*, 4 de octubre de 1904, p. 2.

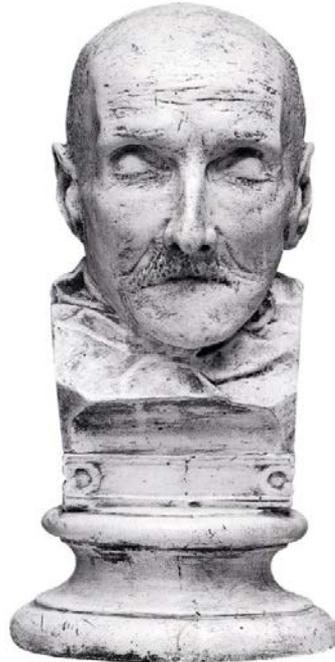
¹³⁸ *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, año 48, num. 37, p. 195 (8 de octubre de 1904).

¹³⁹ *Diario de Córdoba*, 11 de octubre de 1904, p. 2.

Dicha placa se encuentra en la casa de la esquina de la calle Maese Luis con la de Armas. Se trata de un nuevo edificio, pero el mármol recordatorio –como dice M. Salcedo Hierro– estuvo antes en el demolido caserón donde Pavón tenía su vivienda y farmacia. Su inscripción es la siguiente: “La Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba erige esta memoria a su director, el ilustre humanista doctor D. Francisco de Borja Pavón y López, que en esta casa rindió la jornada de la vida. Al 21 de septiembre de 1904”¹⁴⁰.



Retrato de don Francisco de Borja Pavón y López, realizado por Francisco Marchesi Butler (Real Academia de Córdoba).



Mascarilla funeraria de Pavón, realizada por Mateo Inurria (Real Academia de Córdoba).

En los meses posteriores al fallecimiento de Pavón el militar y pintor Francisco Marchesi Butler realizó un retrato del antiguo director para la Galería de la Real Academia, que –en palabras de Palencia Cerezo– podría considerarse propiamente moderno y que tiene sus antecedentes en el que hizo Enrique Romero de Torres en 1890 de la

¹⁴⁰ SALCEDO HIERRO, M., *op. cit.*

misma persona para el Ayuntamiento¹⁴¹. Igualmente la Academia de Córdoba se hizo con la mascarilla que Mateo Inurria le había hecho a Francisco de Borja Pavón en el lecho de muerte en 1904, encargándole posteriormente la realización de un pedestal del mismo material para poderla colocar a manera de obra escultórica, siendo entregado por el escultor a la Corporación académica el 27 de mayo de 1906¹⁴².

III. Francisco de Borja Pavón y López visto por sus contemporáneos

Son varios los autores que han recogido datos biográficos y opiniones personales sobre Francisco de Borja Pavón, la mayor parte de ellos contemporáneos de nuestro académico. Unos autores publicaron su biografía cuando aún vivía, otros lo harán una vez fallecido. Si los datos biográficos han sido ya reseñados, creemos que la visión general que queremos dar de Francisco de Borja Pavón no quedaría completa sin aportar dichas opiniones, que nos ayudan a conocer mejor a nuestro ilustre personaje, merecedor de un estudio más profundo que esta pequeña aportación para su conocimiento.

El profesor, poeta, político –pero sobre todo periodista– Rodolfo Gil y Fernández, nacido en la localidad cordobesa de Puente Genil, es el primero que en su libro *Córdoba contemporánea*, donde recoge un importante número de anécdotas sobre la cultura cordobesa del último cuarto del siglo XIX, hace una pequeña biografía de nuestro académico. En el primer volumen, publicado en 1892¹⁴³, nos dice:

En D. Francisco de Borja Pavón han visto sus compatriotas... la noble figura de la honradez y de la modestia, dignificada y ensalzada por el genio... merece cuantas distinciones quepa conceder... a un crítico de gran talento, y sin hiel, a un eximio escritor, a un profundo erudito, a un mentor para la juventud literaria, a un mecenas protector de legítima aspiración en la república de las letras¹⁴⁴.

¹⁴¹ PALENCIA CERESO, J. M^a., *La Colección de obras de arte de la Real Academia de Córdoba*, Córdoba, 2002, p. 82.

¹⁴² *Ibid.*, p. 173.

¹⁴³ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, pp. 201-212.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 210.

Posteriormente, Francisco de Paula González y Sáenz, licenciado en Derecho, escribió varias biografías de personajes cordobeses de su época, que publicó en un libro titulado *Biografías cordobesas contemporáneas*, cuyo tomo I fue editado en 1895¹⁴⁵. Una de ellas estaba dedicada a Pavón, si bien muchos de sus datos biográficos están recogidos literalmente de la que publicó unos años antes R. Gil, a la que le añade ciertas anécdotas obtenidas en sus conversaciones con el biografiado, que en cierto modo retratan su personalidad. Dice de él lo siguiente:

Es el señor Borja Pavón de amenísimo y cultísimo trato; sigue una vida retraída y uniforme, su carácter es más tímido que resuelto, por lo que se aparta de las ostentaciones y engreimientos; todo ello no es óbice á que en sus conversaciones, al par que la erudición, campee chispeante donosura y gracejo,... siempre estudioso, siempre correcto, siempre amigo sincero, complaciente, afectuoso y amigo de la paz...¹⁴⁶.

Enrique Redel y Alfaro, poeta e historiador cordobés, así como compañero de la Academia de Córdoba –pero sobre todo amigo– de Francisco de Borja Pavón, fue el que realizó a su muerte la necrológica en el *Diario de Córdoba*, donde nos ofrece también una biografía del finado, junto a sus impresiones particulares sobre el mismo, cargadas de emotividad y cariño. Se refiere a él con las siguientes palabras:

Con este insigne varón desaparece de nuestro lado el maestro de toda una generación literaria, el sabio humilde consultado por los jóvenes y por los hombres de edad madura, el ilustrador y propagandista de nuestras tradiciones... el caballero cristiano, modelo de prudencia y bondad, el amigo consecuente y el patriarca venerable de un hogar honrado. El ha sido el alma de nuestras reuniones literarias y hasta su último momento ha conservado una lucidez impropia de la senectud, el fuego del entusiasmo y del patriotismo, y ha seguido con mirada atenta el movimiento literario, observando la belleza y los defectos de libros y autores¹⁴⁷.

¹⁴⁵ GONZÁLEZ Y SÁENZ, F., *op. cit.*, pp. 97-105.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 104.

¹⁴⁷ REDEL Y ALFARO, E., *op. cit.*.

La revista *La Ilustración Española y Americana* dice de él, al dar la noticia de su muerte, lo siguiente:

Su grande amor á los tesoros artísticos y literarios de su patria le movió á consagrar su vida á su estudio, y fruto de su inteligente y perseverante investigación son sus numerosos escritos, que constituyen una verdadera riqueza. El caudal de su erudición, puesto al servicio de una inteligencia de primer orden y de un clarísimo criterio, produjo obras realmente notables en cuantos asuntos trató con la profundidad del sabio, el acierto del crítico y la corrección y elegancia del literato; que todas estas condiciones brillan en sus escritos sobre historia, crítica artística, ciencias físicas y naturales, arqueología y numismática. A pesar de sus grandes méritos y de sus numerosos trabajos, su nombre no era tan conocido como debiera del gran público. A ello se opuso durante su larga vida la grandísima modestia que le caracterizaba, más satisfecho del respeto y del cariño de sus paisanos, que ganoso de la celebridad á que tenía pleno derecho. Descanse en paz el cordobés ilustre, honra y gloria legítima de las letras españolas”¹⁴⁸.

Más tarde, en 1911, el periodista y académico cordobés Ricardo de Montis y Romero, en su obra titulada *Notas cordobesas (recuerdos del pasado)*, dedica un capítulo del tomo I a la memoria de “D. Francisco de B. Pavón y la botica de San Antonio”¹⁴⁹. Aunque no ofrece datos biográficos de interés, comparado con las otras biografías, sí nos da su opinión del mismo al referirse a su persona de la siguiente manera:

Pavón no sólo era un literato, un erudito y un humanista notable, sino que poseía conocimientos generales y profundos tanto de ciencias como de artes, y además del idioma latino dominaba el francés y el italiano hasta el punto de traducirlos, hablarlos y escribirlos con irreprochable corrección. Contribuyeron á aumentar su ilustración los viajes al extranjero que hizo durante su juventud... Todo esto, unido a su memoria prodigiosa y á su carácter jovial, hacía que fuese amenísima la conversación de aquel anciano...”¹⁵⁰.

¹⁴⁸ *La Ilustración española y ...*, p. 195.

¹⁴⁹ MONTIS ROMERO, R. de, *op. cit.*, pp. 245-250.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 248.

Todavía, en 1921, otro escritor e historiador cordobés, Rafael Ramírez de Arellano, que aunque no pertenecía a la generación de Pavón y no había tenido una estrecha amistad con él, lo había conocido suficiente para incluirlo en el tomo I de su libro *Ensayo de un catálogo bibliográfico de escritores de la provincia de Córdoba, con descripción de sus obras*¹⁵¹. En él se refiere a nuestro patriarca de las letras cordobesas con las siguientes palabras, no exentas de alguna crítica al género de sus publicaciones:

"Pavón fue un hombre ilustrísimo e ilustradísimo, gran humanista y buen naturalista. A las letras y a las ciencias dedicó sus días, más a las primeras que a las segundas. Su fama era universal y siempre que algún sabio español o extranjero quería saber algo de Córdoba se dirigía a él y Pavón le contestaba con abundantes e interesantes datos... En contra suya tiene haber escrito poco en libros, aunque muchísimo en periódicos. De manera que aún siendo su labor literaria inmensa casi toda es perdida, pues sabido que el periódico se destruye y será muy poco lo que se conserve de este género de publicaciones. En cambio los libros, que siempre quedan, abundan poco en la labor literaria de Pavón..."¹⁵².

Más adelante señala igualmente:

...declaro aquí que he conocido muy pocas personas de una ilustración tan vasta como la de este hombre singular, para quien lo mismo era fácil el análisis que la síntesis, y que conocía profundamente todo lo producido por los ingenios españoles antiguos y modernos, así como los más caracterizados literatos franceses, italianos e ingleses, que leía en sus originales, pues los tres idiomas los dominaba. En cuanto a sus conocimientos de los escritores griegos y latinos, eran completos, y lo prueban sus magníficas traducciones de poetas clásicos"¹⁵³.

Sus siguientes palabras fueron, en cierto modo, proféticas, aunque –por suerte– no en su totalidad:

Aunque el Ayuntamiento de Córdoba acordó la publicación de las obras de Pavón, no veo claro que se realice, y es lástima, por-

¹⁵¹ RAMÍREZ DE ARELLANO, R., *op. cit.*, pp. 466-469.

¹⁵² *Ibid.*, p. 466.

¹⁵³ *Ibid.*

que por lo menos las traducciones de clásicos, sus memorias sobre varios asuntos de historia contemporánea, sobre todo de acontecimientos que presencié y narré con rara imparcialidad, y los estudios críticos de escritores españoles antiguos, sobre todo los de Arjona, deben publicarse, pues con ello se rendiría un tributo a las letras y a la historia de España... Yo consigno los méritos de Pavón como un justo tributo al hombre que ha valido más de todos los cordobeses de la segunda mitad del siglo XIX, y que me duele que el día de mañana, perdidos sus manuscritos y sus artículos periodísticos, no aparezca en el lugar que por sus merecimientos debiera ocupar. Además era el hombre más dúctil y amable que se puede soñar”¹⁵⁴.

Por último, reseñar la opinión que tiene sobre Francisco de Borja Pavón y López –aunque no fuese propiamente contemporáneo suyo– el historiador y político cordobés Antonio Jaén Morente, que como curiosidad se refiere a él también erróneamente como Borja Pavón. En su libro *Historia de Córdoba*, publicado por primera vez en 1921, destaca su figura dentro de la cultura cordobesa del siglo XIX al referirse a él –según dijimos anteriormente– como el último clásico cordobés, con una educación fuertemente basada en el estudio de los poetas clásicos, así como su amor por Córdoba y su cultura. Es precisamente esto último lo que le hizo vivir en Córdoba y no ampliar su horizonte, único defecto que –para el citado profesor– tuvo nuestro académico, el cual –en su opinión– si hubiese salido de la ciudad estaría al nivel de todos los grandes escritores e investigadores de la época¹⁵⁵. Dos párrafos de su libro hablan del carácter y la importancia de Pavón y López:

Mesurado, correcto, abundante, ha llenado toda una época; sus artículos, sueltos y desperdigados, debían recogerse y clasificarse. No por cercano a nosotros tiene la juventud actual derecho a desconocer y admirar a Borja Pavón¹⁵⁶. [...] Pavón hizo escuela. El fue el acicate y el maestro durante muchos años. Al final, en la serenidad de su vejez, tuvo un patriarcado, que no ha tenido aún heredero¹⁵⁷.

¹⁵⁴ *Ibid.*, pp. 466-467.

¹⁵⁵ JAÉN MORENTE, A., *op. cit.*, pp. 213-214 y 219-220.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 214.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 220.

Conclusión

La figura de don Francisco de Borja Pavón y López llenó todo el panorama cultural de la ciudad de Córdoba en la segunda mitad del siglo XIX. En todas las instituciones cordobesas de aquella época estuvo presente, ocupando incluso en algunas de ellas puestos de responsabilidad. Sus valores humanos y científicos-culturales fueron reconocidos por todos sus contemporáneos. Su nombre traspasó las barreras geográficas de su ciudad natal y fue ampliamente reconocido a nivel nacional. Su extensa y variada obra literaria fue valorada por los prohombres de la cultura española del momento, con algunos de los cuales mantuvo relaciones de amistad. Sin embargo, como siempre, fallaron los hombres y las instituciones de su querida Córdoba, a la que no quiso abandonar porque prefería trabajar en ella y para ella.

Aunque sus méritos fueron reconocidos –tardíamente por alguna institución pública–, a su muerte se cumplió lo que Rafael Ramírez de Arellano y Díaz de Morales había predicho. Con el paso del tiempo no solo se perdió una gran parte de su obra, sino que incluso su propio nombre dio lugar a confusión entre muchos cordobeses, quienes a lo largo del siglo XX no han llegado a conocer su persona ni su obra. La frase del autor antes señalado, que temía que el nombre de Francisco de Borja Pavón no apareciese en el lugar que por sus merecimientos debería ocupar, desgraciadamente se ha cumplido, ya que una gran parte de sus escritos ni se conocen ni han sido estudiados.

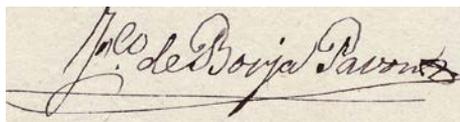
Hoy, cuando ya han transcurrido más de cien años de su muerte, buscar responsabilidades no tiene sentido. Pero sí reparar un daño moral que se le ha hecho a su nombre y a la propia Córdoba. Al frente de esa reparación debe estar el Ayuntamiento de la ciudad, que –aunque ha corregido el problema surgido con la rotulación de la antigua calle del Pozo– no cumplió el acuerdo de reunir e imprimir las obras de su cronista e hijo predilecto. Creo que ya es el momento de saldar dicha deuda porque si dejamos pasar otro siglo más su nombre, incluso, quedará borrado de la historia de Córdoba.

Y si el Ayuntamiento no cumple con su deber ético otras instituciones cordobesas deberían ocupar ese espacio. Una de ellas, sin lugar a dudas, sería la Real Academia de Córdoba, a la que estuvo vinculado –como hemos visto anteriormente– desde 1841 y en la que ocupó los cargos de censor, secretario y presidente, este último desde 1878 hasta su fallecimiento en 1904. Ella podría llevar a cabo la labor de recopiliación de sus trabajos, de los que una buena parte se encuentran aún

manuscritos, para su posterior impresión. Con ello evitaría que se perdieran las valiosas aportaciones que hizo a la cultura cordobesa, en particular, y a la española, en general, el gran humanista que fue, y último clásico de nuestra ciudad, Francisco de Borja Pavón y López.

La Real Academia contribuiría con ello a que los cordobeses del siglo XXI conocieran y admiraran a uno de sus antepasados más célebres, tanto por su categoría intelectual como por su humildad, restituyendo a la ciudad lo que el Ayuntamiento no fue capaz de cumplir en su momento. Sirva este trabajo como granito de arena para comenzar a saldar la deuda histórica que esta ciudad tiene con este insigne humanista, como en el centenario de su muerte ya recordó otro de nuestros académicos –Miguel Salcedo Hierro– ya fallecido, y al mismo tiempo sea el inicio de ese gran objetivo, que en su día nuestra corporación municipal se comprometió a realizar en la sesión del 26 de septiembre de 1904: la recopilación y publicación de todos sus escritos.

Para que este ilustre cordobés no caiga en el olvido, y esté siempre presente en la ciudad, una de las nuevas colecciones de libros que la Real Academia de Córdoba ha comenzado a editar en esta nueva etapa, dedicada expresamente a recordar a nuestros académicos, lleva el nombre con el que firmaba sus escritos:

A photograph of a handwritten signature in dark ink on aged, yellowish paper. The signature is written in a cursive, flowing style and reads "Francisco de Borja Pavón y López". The signature is positioned above a horizontal line.

El presente libro es el volumen inaugural de la colección *Francisco de Borja Pavón*, dedicada al recuerdo de nuestros académicos fallecidos a lo largo de los más de doscientos años de existencia de la Real Academia de Córdoba desde su fundación en 1810. Recoge diez biografías de académicos que vivieron en diferentes momentos de la misma, dispuestas por orden cronológico. Uno nace en el siglo XVIII, siete en el siglo XIX y dos en el XX. De ellos, tan solo dos mueren en la década decimonónica, seis en el siglo XX y dos en los primeros años del actual.

Tras una presentación a cargo de nuestro Director, José Cosano Moyano, y un prólogo de los coordinadores, comienza el libro con la figura del fundador de la Real Academia de Córdoba, Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820), escrito por Antonio Cruz Casado, y sigue con las semblanzas de Francisco de Borja Pavón y López (1814-1904), por José Manuel Escobar Camacho; Luis Maraver y Alfaro (1815-1886), por Manuel Peláez del Rosal; Ricardo de Montis y Romero (1871-1941), por Rosa Luque Reyes; Manuel Enríquez Barrios (1877-1956), por Juan Díez García; José María Rey Díaz (1891-1963), por Manuel Toribio García; Rafael Castejón y Martínez de Arizala (1893-1986), por Enrique Aguilar Gavilán; Juan Carandell y Pericay (1893-1937), por Julián García García; María Teresa García Moreno (1910-2003), por Juan Miguel Moreno Calderón, y José María Ortiz Juárez (1915-2001), por Manuel Gahete Jurado.

Son diez de los muchos "académicos en el recuerdo" que esmaltan la bicentennial trayectoria de la institución cultural más antigua de Córdoba, a los que seguirán, en próximos libros de la colección, otros muchos con biografías ejemplares que merecen ser recobradas como reconocimiento y ejemplo. Se trata en fin de una colección "dedicada a reactualizar la vida, obra y proyección social de nuestros académicos ya desaparecidos", como escribe en la presentación nuestro Director.

